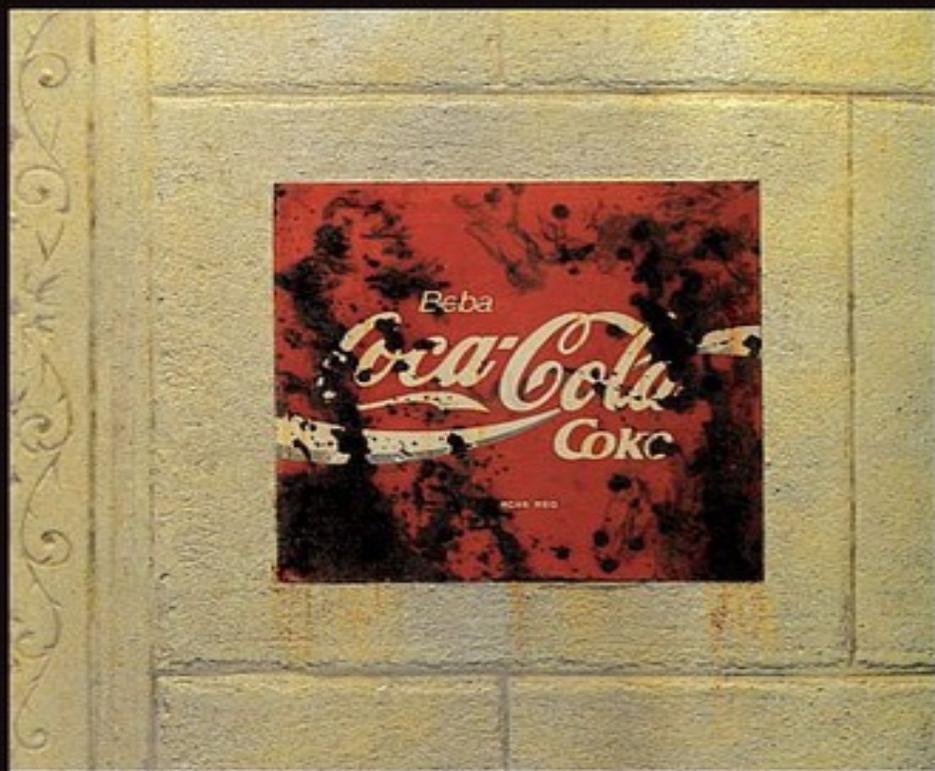


Jordi Gracia



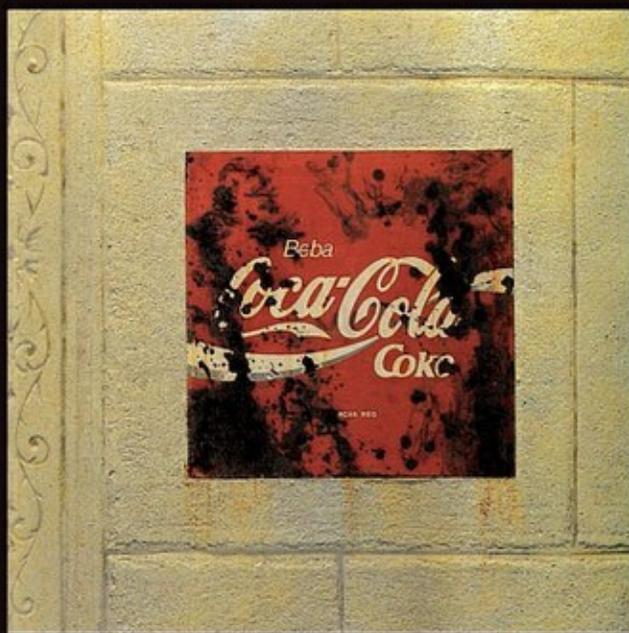
***El intelectual
melancólico***

Un panfleto



ANAGRAMA
Colección Argumentos

Jordi Gracia



***El intelectual
melancólico***

Un panfleto



ANAGRAMA
Colección Argumentos

Por definición los panfletos no se dedican, e incluso es aconsejable que sean anónimos. Éste incumple los dos requisitos y va dedicado a Isabel, a Laura, a Joan y a Guillem, antídotos de mis melancolías.

No nos consolamos de haber sido engañados por nuestros enemigos y traicionados por los amigos, y en cambio a menudo nos satisface ser engañados y traicionados por nosotros mismos.

LA ROCHEFOUCAULD

When I was young, it seemed that life was so wonderful,
a miracle, oh it was beautiful, magical. (...)
Then they send me away to teach me how to be sensible,
oh logical, responsible, practical.
And they showed me a world where I could be so dependable,
clinical, oh, intellectual, cynical.

SUPERTRAMP

Este cuadernillo ha acabado titulándose *El intelectual melancólico. Un panfleto* porque el editor no aceptaba titularlo *Panfleto contra el prestigio de la melancolía entre los intelectuales afectados por el síndrome del narciso herido*. Al final ha quedado reducido a su asepsia actual porque el mismo editor creyó que era demasiado título para tan poco texto y tenía razón. Es mucho más exacto ahora y no desmiente lo que le pasa al autor: prefiere la sombra de Falstaff, del Doctor Johnson, de la tradición estoica o epicúrea y le subleva la afectación melancólica, teatralmente motivada. Pero sobre todo le revienta la particular deformación intelectual que proyecta sobre la realidad un estado de ánimo de etiología estrictamente privada y llamativamente sencilla: la frustración en el límite de la edad productiva, el desengaño frente a las mutaciones sociales imprevistas, la herida abierta de una vanidad nunca estabilizada.

Las enfermedades morales nos las ganamos a pulso cada uno de nosotros, así que el veneno no está en la afectación individual sino en el crédito público que prestigia la melancolía del intelectual. Muchos de ellos encarnan hoy las múltiples variantes del éxito, pero demasiadas veces escriben desde el resentimiento y son escuchados como príncipes valientes contra el envilecimiento moral y cultural de nuestra sociedad. La melancolía se ha adueñado de ellos porque nada está siendo como debería y, para empezar por lo inmediato, las cifras de ventas de sus libros suelen estar lejos de las escandalosas cantidades que manejan otros: unas veces más jóvenes, otras insolentemente más jóvenes, y por lo general, a sus ojos, semideficientes o puros indigentes intelectuales.

El lector ya sabe, por tanto, que este librito llega de otro melancólico fundamentalmente asustado e incluso proclive a contraer la enfermedad de forma prematura. A veces me parece que este panfleto nace del miedo a la melancolía y de la necesidad de conjurarla, aunque uno esté bien lejos de ostentar autoridad alguna, como no sea en el muy inestable territorio de su parcela académica. Es verdad también, sin embargo, que la melancolía de la que trata este libelo procede de una estirpe diversa de la que Aristóteles asoció con la genialidad o Marsilio Ficino pegó a la creación o Robert Burton

rastreó como un sabueso enloquecido en la tradición de Occidente. Mi melancolía protagonista no es la del poeta inspirado o el novelista mayor ni es la resonancia necesaria de un solo de John Coltrane o de un fotograma de Von Stroheim. Ni siquiera es esa melancolía que necesita la alegría para detectarse tontamente dormida.

La melancolía de mi susceptibilidad es el aire de hastío cansado y de abandono, de derrota y de renuncia que genera la transformación desordenada del presente en intelectuales con muy pocas razones para quejarse y sin argumentos más allá de la irritabilidad que el desorden suscita en sus órdenes fosilizados. Profetizan el apocalipsis que anida en cada nuevo gesto social o público para denunciar la disolución de la alta cultura en la sociedad atolondrada del presente. Mi ira viene de la melancolía que se activa detrás de la ultimísima estadística sobre faltas de ortografía de los escolares, o en las últimas conjeturas sobre la decadencia docente, o en los índices de audiencia de un programa televisivo de chorradas, o en la fortuna editorial de un escritor patoso pero comercial: avisos angustiosos que sólo ellos detectan de una regresión civil y educativa irreversible o, peor aún, definitivamente abocada al submundo de lo humano.

Me he sentado también yo con espanto junto a mis hijos cuando escriben en sus redes sociales, con sus manos maltratan mi hipersensibilidad lingüística y humildemente deduzco mi impotencia para hacer frente al desorden: por qué no acentúan, por qué no puntúan, por qué garabatean el teclado alocadamente, por qué no leen más, por qué no piensan mejor, por qué no hacen lo que deben hacer y como debe hacerse. Pero el asalto dura poco, a veces porque contraargumentan con celeridad y osadía, a veces porque huyo despavorido de casa, a veces porque los echo literalmente a empellones de mi mesa de trabajo. Entonces me siento yo y escribo atacado de los nervios, tras repasar a mis clásicos, tras leer el último artículo de fondo en *El País* –de Ferlosio, si es posible– o el último ensayo, grueso, maduro y excelso de Anagrama o Taurus, o busco la agenda cultural de la Caixa y compro compulsivamente entradas para los conciertos de las tres temporadas siguientes. Cuando se acaba el ataque del miedo y agonizo en el teclado, levanto los ojos y una rara claridad regresa.

Entonces entiendo que quizá haya algo de deformación óptica o de visceralidad incontrolada, y sospecho que no siempre seré capaz de detener el ataque, como quizá le sucede al intelectual melancólico de nuestro tiempo.

Entonces entiendo que su perspectiva está dañada por numerosos factores pero quizá uno de ellos es la proximidad biológica al límite de su tiempo de fecundidad: apresuradamente, muy cerca de la campana, levanta los puños en un último esfuerzo para clamar exaltado que el desacato a los Grandes Nombres se pagará muy caro en un futuro que ya es lúgubre presente. Heredan del cristianismo la propensión mesiánica y el redentorismo retórico: hablan como enviados de los dioses para salvarnos de la insalubridad de un tiempo domado por valores disminuidos, e incurren en algo todavía peor, que es lo que los hace verdaderamente dañinos: su apocalipsis doméstico ciega las vías de remedio práctico y racional para las taras que las novedades, como las tradiciones, comportan. En lugar de cooperar, se apartan casi siempre envueltos en un aura de melancolía que nos deja el muerto entre los trenos.

Una mirada menos apasionada tiende sin embargo a ver cosas más sencillas: pese al crédito de sus figuras y a una fortuna social muy alta –a menudo inflacionaria–, el semáforo para el retiro intelectual empieza a parpadear en ámbar. A algunos el parpadeo del semáforo los deja como estaban: fecundamente ocupados. A otros, en cambio, les espanta ya con un verde definitivo y funerario, aunque estén lejos de la edad proveya. Escriben y piensan como quienes sienten el olor de la muerte social y reclaman –con la dignidad que conjeturan en los viejos maestros– el lugar de la sabiduría y la rectificación del rumbo presente. Antes de cruzar la calle definitivamente quieren dejar señalada, para lección de los jóvenes insulsos, el desdén que les merece su desatención, su falta de gusto, su mala educación y su pobreza de espíritu incapaz de hacerles caso, o de hacerles más caso del que les hacen, en lugar de perder el tiempo con las naderías masivas y publicitadas sin tasa por los periódicos (en los que por supuesto escriben también los melancólicos en ventajosa competencia con los nuevos).

La melancolía no es un estadio fijo ni se alcanza (necesariamente) en el último paso de una vida fecunda; de hecho, es sobre todo un estado de ánimo que predice el desfondamiento de las esperanzas de hacer de la sociedad –o de todo Occidente– el bosque rico de imaginación, fuerza creadora y atadura a la tradición que ha sido siempre y ya no va a ser más. El descrédito de la cultura humanística o la disolución del saber clásico en manos de muchachos descerebrados y profesores comidos por enfermedades crónicas del espíritu es sólo el icono visible de una devastación moral encubierta... Pero que sea un estado de ánimo y de casta intelectual –por cierto, en su mayoría profesores de

universidad— no significa que todos hayan complicado su entrada en la madurez embarrancando en la melancolía depresiva y desdeñosa.

El lector que aún no haya sido abducido por la evidencia del final de los tiempos del humanismo no será capaz de recordar apocalipsis retórico alguno —como no sea irónico y autoparódico— ni en Jorge Luis Borges, Alfonso Reyes o María Zambrano, ni en Alejandro Rossi, Juan Benet o Rafael Sánchez Ferlosio, ni en Carmen Martín Gaité, Carlos Monsiváis o Gabriel Zaid, ni en Vargas Llosa, Jorge Semprún o Fernando Savater, por mucho que hayan tenido todos buenas razones para alimentar una melancolía hecha de ausencias e infinitos tiempos muertos ya. Casi todos perdieron amigos en el camino del alcohol, de la enfermedad, del suicidio o incluso de la melancolía. Pero no se prestaron a incrementar con su propio prestigio el prestigio social de la queja por la equivocación de los nuevos tiempos. Combatieron cada uno por su cuenta la neurosis del narciso herido con su trabajo y con algo más: con las armas de la ecuanimidad y la prudencia, de la ironía y la conciencia nihilista. Las primeras son virtudes del hombre honrado desde la *Ética a Nicómaco*, puestos a no perder de vista a los clásicos, y las segundas son las hogueras de la lucidez modernista en medio de la selva.

Ninguno de ellos suscribiría este panfleto. Pero es lo que me gustaría imaginar que dirían privadamente, en un arrebato de locuacidad desatada y casi irresponsable, o un punto ético. Por eso es un panfleto escrito desde la confortable posición de otro funcionario universitario que ve con melancolía tonificante la proliferación de desmayos artificiales y sensibles depresiones. El autor es hijo inconfundible de la vulgaridad contemporánea, alérgico militante a las relamidas y egoístas razones cultas y criado en la montaña pelada del Carmelo en Barcelona, como las criaturas de ficción de Juan Marsé, que es, por cierto, otro al que tampoco habrán oído quejarse contra el desorden de los tiempos modernos.

EL MELANCÓLICO MODERNO EN CASA

Lo imagina uno en estado contemplativo, a medio camino entre Anthony Hopkins en *Lo que queda del día* y Jovellanos retratado por Goya con la mejilla sobre la mano: la melancolía es un timbre del aire o un cristal turbio de vaho. La imperfección se ha adueñado de la vida como la luz muerta va quedándose atrapada en el interior de domicilios imperceptiblemente envejecidos, sin los cortinajes espesos y oscuros de hace cien años pero con un mismo efecto taciturno. Los lomos de los libros –encuadernados en piel y detalles dorados, como ya nadie hace– retienen la oscuridad porque la luz no rebota en ellos: ni siquiera bajo el resplandor del mediodía entra la claridad en despachos nimbados por las notas de un Schubert enfermo o un Béla Bartók crepuscular.

Se siente protagonista de un final prematuro, como si la sorpresa de la edad hubiese entrado en casa para desarmarlo y descoyuntarlo sin fuerzas para rebelarse. Se le pone la mirada vidriosa y patética de Aschenbach encarnado en Dirck Bogarde cuando sigue con la vista en la línea del mar los movimientos pueriles y huecos del Tadzio asexuado de *Muerte en Venecia*. Venecia o París, o Viena o Berlín son una secreta memoria fabulada porque en ella leyeron el artificio de la melancolía cuando todavía no eran melancólicos, cuando disfrutaban la melancolía como fábrica ajena y no como mortificación biográfica. Las notas del *Mesías* de Haendel o la densidad exaltante de Bach han dejado de ser ensalmos vivos porque ya son sólo el formidable testimonio de la impotencia: suenan como testigos de una intensidad perdida o tan amortiguada ya que parece el acompañamiento de fondo del desamparo.

Los imagina uno ceremoniosamente ausentes de las ceremonias del presente porque se han convertido en agresivas expresiones de su desplazamiento de un tiempo vulgar. Se saben ineptos para traducir los nuevos códigos culturales urbanos y literarios, y los deploran por nuevos y por incomprensibles, como si les estuviesen retando a muerte. Los muchachos en los paseos y las playas, en los campos de fútbol y en los macroconciertos, en los botellones y las ciudades de Internet los miran un instante nada más, como estorbos visuales sin significado o como piezas heredadas de un museo del aburrimiento y la autodefensa. Pasean desesperanzados algunas tardes –en días laborables, mientras la población se afana en sus cosas– por las librerías de calidad de sus ciudades y no ven nada porque nada hay que hable para ellos. No hay ya

libros que regulen el tráfico de las ideas ni nadie circula por las autopistas que fueron suyas: han cambiado las señalizaciones, han abierto variantes nuevas y el paisaje se ha transformado irremediabilmente poblándose de arquitectura espuria, horteramente vistosa y tontamente neobarroca (que es el síntoma definitivo de la claudicación del buen gusto).

Sus libros sólo los encuentran en los anaqueles más altos o más bajos, y casi nunca están todos, a veces ni siquiera la mitad, a menudo nada más que uno o dos, amargamente marcados por pegatinas sucias con el precio impreso todavía en pesetas, como si hiciese más de cien años que nadie ha ido a por ellos, a pelearse con ellos y a despertar en alguien algo distinto al respeto un tanto impávido y bobo por la autoridad antigua, remota, insignificante. La autoridad será, seguramente, lo que ha dejado de existir en las cabezas de chorlitos de estos jóvenes desventurados e incapaces de discriminar las voces relevantes, tan atosigados como están todos con los nuevos chismes y la locuacidad ingobernable de la red.

De la bruma de la melancolía es posible extraer buenas razones, sin embargo. Porque las hay, por ejemplo, para lamentar el lugar social de la alta cultura o para criticar decisiones políticas concretas, como el ordenamiento académico reciente de las humanidades. La Europa contemporánea es probable que haya equivocado la naturaleza específica del saber de letras – historia, filosofía, literatura al pretender unificar ese saber bajo los mismos criterios de mercado, evaluación y docencia que las disciplinas técnicas y científicas. Es muy probable que ahí haya un error de interpretación del modo en que las humanidades calan en una sociedad y el modo en que deben ser protegidas como estudios sin rentabilidad tangible pero cruciales para construir sociedades más lúcidas.

Pero no parece una miopía difícil de subsanar bajo miradas más verdaderamente analíticas, como no ha sido extraño que suceda en la sociedad actual por parte de numerosos intelectuales menos dados al catastrofismo. Reconocer que el saber humanístico es un sustrato invisible pero fundacional del modo de ser occidental no constituye un reto intelectual inalcanzable. Algunas de las normativas de enseñanza, algunos de los comportamientos sociales, algunas de las músicas de la sociedad contemporánea pueden conducir a una meditación pesimista sobre el destino de la cultura occidental. La banalización general de todo es una notable hipérbole, pero algo de verdad hay entre tantos sectores sociales y mediáticos; la trivialización de la alta

cultura en pastillas intelectualmente digestivas (o muy indigestas) no es un fenómeno raro, ni la sensación de pérdida de peso de la alta cultura es puramente caprichosa o maniática.

Hay razones para andar preocupado por lo que pasa, por dónde pasa, por cómo pasa y por los efectos futuros de lo que pasa. Si me viesen abatido al final de esta o aquella clase, donde uno sospecha haber hablado en un interminable aunque agitadísimo soliloquio, o si me viesen sentado en el tren con los ojos vidriosos y el periódico dormido en las piernas, adivinarían que lloriqueo por dentro por la falta de *sindéresis* de este colega o aquella profesora, de este libro presuntamente crucial o aquel artículo universitario deficientemente escrito y perfectamente prescindible. Incluso compadezco la tala de árboles que habrá costado imprimirlo y me aflige la devastación química que atenta contra el planeta mientras derrochamos entre todos papel y tinta. Pero me despierto de golpe de la ensoñación y de golpe también me parece razonable preguntar si las sensaciones más amargas que engendra la actualidad no están siendo sobrevaloradas por parte del intelectual melancólico, como si hubiese casi una razón personal para reaccionar contra los fetiches, las modas, los usos y hasta las elecciones del presente, más que el resultado de un análisis equilibrado de cuanto pasa, no sólo de lo que parece que pasa.

Y es que la misma memoria de las autoridades clásicas, increíblemente, parece haber ido apagándose en los melancólicos modernos, como si hubiesen leído a Cicerón y a Horacio, a Tucídides y a Heródoto sin la debida atención. O quizá más atentos a manejarse con los latines (que ningún joven conoce ya, por supuesto) que con el sentido de lo que leían en las *Vidas paralelas* de Plutarco o en la *Eneida* de Virgilio. Han ido borrándoseles las lecturas antiguas como si por ellos mismos hubiese pasado también la devastación que detectan fuera. Parecen las primeras víctimas del cambio de los tiempos, porque no es fácil explicar el clima depresivo de sus moradas vitales con esas lecturas frescas en la memoria. Deploran el retrato de Marco Aurelio en películas infectas de Hollywood protagonizadas por auténticos bárbaros como Russell Crowe o Brad Pitt y su Aquiles casi *queer* –trivializadores de la siempre solemne Antigüedad—. Y sin embargo han dejado de saber leer lo que decían aquellos textos que su reverenciado humanismo rescató para nosotros, aunque el texto griego de las meditaciones de Marco Aurelio lo editara en español un ilustrado a finales del siglo XVIII.

El melancólico contemporáneo ocupa más tiempo en combatir la oquedad del presente que en defenderse de su dolencia sentimental, y en lugar de retomar ese clásico leído hace treinta años prefiere actuar como el guardián de esencias que ha olvidado o, peor aún, que la memoria ha ido tergiversando y convirtiendo en un texto tan simplificado y liofilizado que está muerto o se parece demasiado a la dieta blanda de enfermo.

Ya no sabe ni recuerda que leyó como un animal en celo aquellas páginas que por fin le revelaban una sabiduría ignorada y que entonces parecía imborrable. Ya no recuerda que leyó en Montaigne (II, 13) ponderaciones muy sensatas sobre los engatusamientos de la proximidad de la muerte basados en que «nos damos demasiada importancia. No parece sino que el universo de las cosas sufra de algún modo por nuestra desaparición y se compadezca de nuestro estado (...). ¿Quién vio nunca una vejez que no alabase el tiempo pasado y no anatematizase el presente, achacando al mundo y las costumbres de los hombres su miseria y su desdicha?» Y cuando era joven debió de sonreírse piadosamente junto a Montaigne porque «más lo pensamos cuanto mayor es el aprecio que nos tenemos. ¿Cómo? ¿Íbase a perder tanta ciencia y con tanto perjuicio, sin particular consideración de los destinos de los hombres? ¿Acaso no iba a costar más matar a un alma tan rara y ejemplar que a un alma vulgar e inútil?».

Pero se ha borrado: se ha borrado el aviso sobre la caducidad y sobre la fugacidad del tiempo, se ha borrado la sosa prevención contra la *hybris* y se ha borrado el aviso sobre la contingencia de los bienes, se ha borrado el saber sobre la rutinaria percepción catastrofista que todo presente tuvo de su propio tiempo, se ha borrado la humildad de admirar en los nuevos la calidad que secretamente envidian, se ha borrado la percepción de la mudanza como ley y sistema complejo, lleno de nódulos y encrucijadas que se compensan mutuamente y que sin cesar han ido haciendo un poco más habitable el universo occidental desde los últimos quinientos años con la electricidad y la penicilina, con la universalización de la educación, el código penal y el Tribunal Internacional de La Haya.

Pero cómo puede habérseles borrado la lucidez de los clásicos si los sacan a pasear cada vez que pueden, en sus artículos, en sus libros, en sus diatribas contra la decadencia del presente y la inopia masiva de las gentes. No es una pregunta; es una exclamación estupefacta ante la autocompasión de

intelectuales que vivieron la ilusa ilusión de una fiesta perpetua que ningún clásico les había prometido.

Porque en los clásicos nadie leyó jamás argumentos para remachar una decadencia fatal del presente sino para comprender la mecánica del mundo y los enjuagues engañosos que el hombre culto tiende a hacer entre ganancias y pérdidas. No aprendieron allí la innoble y vanidosa fe incombustible en uno mismo ni nunca aprendieron en las páginas de Séneca a cultivar el huerto de su excepcionalidad estética o ética, tampoco en Voltaire, sino el lenguaje de la lucidez escarmentada, después de una vida llena de riesgos, fracasos y éxitos, como la de Séneca o como la de Marco Aurelio (o la de Voltaire), que fue prudentemente fiel a la ley de la mutación universal sin lamento porque «perder es sólo cambiar. Y la naturaleza disfruta con el cambio (...). Por eso, ¿por qué siempre dices que todo va mal y que así seguirá? ¿Y por qué dices que ningún dios ha podido remediar las cosas y que el mundo está condenado al agobio de males perpetuos?».

Como nosotros, los leyeron en el instituto, en la universidad, en los veranos inmortales de la adolescencia y la primera juventud. Pero quizá leyeron tan poseídos de los demonios soñadores y con indigestiones románticas de tanto bulto que atendieron poco y mal, como al parecer hacen hoy los jóvenes pasmarotes, que apenas saben de Séneca o de Marco Aurelio (o de Voltaire) gracias a los calendarios de las gasolineras, los anuncios de Internet o las manchetas de los periódicos: en cápsulas o comprimidos de sabiduría que sirven para enamorar a la novia o confortar al anciano. ¿Fue así también como leyeron ellos? ¿Cuando reclaman la resurrección de los clásicos hablan de clásicos leídos con tan poco provecho? ¿Qué aprendieron en Shakespeare o en Cervantes para que deploren hoy, como no hicieron ninguno de ellos, el presente degradado en lugar de empalidecer prudentemente, y bien temprano, ante la frágil contingencia humana? ¿Cómo ha llegado a convertirse lo que debía ser sabiduría sobre la condición humana en munición contra la evolución de las cosas y de los nuevos gustos y los nuevos fetiches, que no son nada más que las expresiones actuales de la misma agitación de siempre?

MITO Y MELANCOLÍA

La solemnidad es uno de los disfraces predilectos de la melancolía, porque

es ella misma casi tan engañosa como la solemnidad envarada y trascendente. De hecho se intercambian, melancolía y gravedad, complementos y accesorios con una indisimulada satisfacción de club privado. Porque de buena fe tendemos a asociar la melancolía con la tristeza sentimental, el retiro apacible, el paisaje cristalizado de escarcha y quietud.

Pero es sólo para la foto: en la melancolía anida una impaciencia violenta y en ella crece una máquina de rencor contra el atropello del presente que padece el intelectual sensible. Casi cada nuevo libro de éxito y casi cada nuevo autor con público encarnan una agresión programada contra el buen gusto. Esa presión social refuerza la clausura consoladora en la melancolía, menos expuesta que la pelea y más prestigiosa sin duda: la melancolía funciona entonces como blindaje explícito contra las corrientes disolutas del presente y decora al intelectual elevándolo a ser sensible e intolerante ante la estupidez (sin advertir que Flaubert la entronizó como milagro de la inteligencia literaria). Las rutinas culturales del cine, la ópera o la poesía (menos) con impacto mediático valen por un nuevo desobediente que a su vez arrastra a nuevos desobedientes más ignaros aún que llenan el tiempo y el espacio público con ocio espurio, actualidad fungible, sin nada inmarcesible que ofrecer a la eternidad. Y así se aparta temerariamente a la sociedad del justo camino y así se sepultan esas obras que sólo unos pocos años atrás fueron las estrellas de temporadas que no iban a terminar nunca, grabadas perpetuamente en el imaginario simbólico de la sociedad para no desaparecer ya nunca más del horizonte.

La melancolía le pasó factura a Ortega como se la ha pasado a algunos de los mayores escritores contemporáneos, y entre ellos algunos de la categoría de George Steiner. En él se concentran ejemplarmente buena parte de las culpas por esta viciosa toxina de la melancolía de nuestros padres: su autoridad ha legitimado una nostalgia del bien perdido a la que se han sumado muchos otros autoelevados al nivel de Steiner porque *sienten* como él, aunque casi siempre muy lejos de él en coraje, estilo, solvencia y perspicacia. Steiner incurrió incluso en la autobiografía, que es casi el género predilecto para que el intelectual explaye sin tasa, y a veces hasta límites delatores, la expresión sincera de su desdén resentido por el curso del presente. El culto a la nostalgia acabará siendo una de las secuelas envenenadas de la proliferación de memorialistas en España y en Europa, y entre ellos los más abundantes son precisamente quienes relatan en sentido descendente la biografía colectiva del

mundo, aunque en paralelo el trayecto de la suya es ascendente, por supuesto. Pero para nada: sólo para quedar en soledad ante las ruinas culturales de hoy, y allí, en el punto más alto del risco, se alzan impávidos y todavía intoxicados por el cuadro más patógeno que ha dado Occidente: *El caminante sobre el mar de nubes*, de Caspar David Friedrich, aunque esté a punto de cumplir doscientos años (los cumplirá en 2018).

Los demás no han tenido la inteligencia de armar una explicación abstracta, de matriz religiosa, para identificar el origen del mal, y se han limitado a repetir, sumando un desdén que no está en Steiner, la cantinela perversa de la ausencia del sentido. Lo que en Steiner fue, sobre todo en su último gran libro, *Presencias reales*, la confesión por fin religiosa de su resistencia al presente, en los demás es rutinaria repetición de una devaluación que apenas va más allá de ser la proyección universal de una decepción individual, biográfica: la biografía de un desengaño.

Y, sin embargo, la grandeza de la inteligencia de Steiner se mide por su capacidad de detener el expolio anímico del tiempo y bajar la cabeza con la humildad que falta a la mayoría de intelectuales virtuosos. También lo han leído, supongo, pero también se les ha olvidado: «además, pese a tener las antenas cada vez más alerta al cambio del “espíritu de los tiempos” —escribe en *Errata*, su autobiografía de 1997—, no fui capaz de captar hasta bastante tarde ciertas transformaciones esenciales. (...) Educado en una reverencia hipertrófica hacia los clásicos, en una especie de veneración hacia los “gigantes” del pensamiento, de la música, de la literatura y de las artes, tan característica del judaísmo centroeuropeo emancipado, me sentí comprometido con lo canónico, con lo confirmado y lo “inmortal” (¡esos *immortels* momificados en la Academia francesa!). Tardé demasiado en comprender que lo efímero, lo fragmentario, lo burlesco, la ironía de uno mismo son las claves de la modernidad».

Y en buena lógica el mismo Steiner diagnostica como mal primordial del presente la ausencia de sentido trascendente, como si de la secularización del arte y la cultura hubiese de derivarse la consecuencia de que Aristóteles o Kant fueron inteligencias sólo en fase embrionaria, a la espera de una plenitud humana que sólo ha llegado precisamente ahora, cuando el agnosticismo o el ateísmo franco no son experiencias perseguidas ni enteramente minoritarias, al menos en Occidente. Por eso se burla de Trotski cuando señalaba que todos ellos estaban ahí, incluido Goethe, para ser superados... Pero Steiner tiene el

valor de combatir esa argumentación desde una lógica implacable y netamente religiosa: el absoluto o la divinidad han dejado de estar en la matriz de la creación moderna. Y para el educado en lo sagrado como *presencia real*, e incapaz de desatarse de esa educación, evidentemente la obra de arte actual está devaluada, aguada, desnutrida por falta de sustancia divina.

La respuesta de Steiner es valiente y argumentada como pocas, aunque sólo pueda ser religiosa y tan indesmostrable como la contraria. Su esfuerzo consiste en restituir a la literatura su semilla teológica y racionalizar la intuición formativa de toda su biografía: el arte y la literatura de primer nivel son expresión de la trascendencia, y a su juicio no pueden dejar de serlo si quieren seguir al nivel de los clásicos. El postulado consecuente es el rebajamiento del arte contemporáneo, porque no acepta que del materialismo empírico o la ausencia de fe pueda surgir una obra equiparable a la de Bach o de Goethe, aunque sí de Shakespeare. Le falta a la creación moderna su razón de ser fundamental, que es lo divino, aunque Shakespeare se prestaría a todo tipo de conjeturas sobre la precocidad radical de una conciencia moderna (como en gran medida sucede, por cierto, con Cervantes).

Pero el intelectual moderno lo es de veras y sabe muy bien que no hay espacio social para la fe como sustento explícito o visible de la creación literaria, como mínimo desde el mismo Romanticismo. Quizá por eso también en el artista melancólico late difusa, impronunciada, una tentación de religamiento con lo esotérico y lo metafísico que tiene un origen ético no del todo inocente: el flirteo con lo trascendente, las alusiones con resonancias nunca muy explícitas a los dioses o a los poderes o los elanes o las fuerzas secretas es un disfraz elegante de una nostalgia de la trascendencia que, en España al menos, no osa mencionar su estirpe católica.

La etapa mítica de nuestros intelectuales melancólicos pasó por la prueba de fuego de separarse, a veces traumáticamente y a veces nada más que superficialmente, de las leyes familiares y espirituales en que crecieron y de las que aspiraron a desengancharse. Pasada ya la furia iconoclasta y probada la degradada evolución de todo, reaparece la fe difusa y nebulosa en alguna superstición más o menos sofisticada como refugio de la incertidumbre, de la soledad, del desconsuelo, de la mortificante incomprensión que el mundo expresa con su indiferencia o su pasividad. Es en el fondo una espiritualidad cobarde y escondida, sin la fuerza de convicción y la honestidad que ha expresado Steiner. Y es eso lo que hace de él –tanto si se comparte como si no

su nostalgia de absoluto— una figura admirable del último medio siglo. Pero no más por supuesto que ateos recalcitrantes como Edward Said.

MELANCOLÍA Y DESENGAÑO: EL ÓXIDO ROMÁNTICO

Casi siempre el melancólico de hoy fue el progresista ilustrado y burgués de la Europa del sesentay ocho. Fue un joven iconoclasta y hoy es un adulto resentido por el fracaso de su utopía menor pero sobre todo porque el cambio social ha tomado una dirección para la que no tiene mapa ni brújula. La inmersión neorromántica en la juventud —1968— ha sido en muchos de ellos y a la larga necesariamente depresiva o desmotivadora. El tiempo transcurría, los libros se sucedían y ellos seguían sin alcanzar las cotas esperadas, cuando menos de acuerdo con el romo criterio común. Toda la vida combatiendo como héroes incomprensidos contra la tosquedad del mundo para seguir después de los cincuenta años como funcionario de universidad atornillado al suelo de la cátedra.

El mundo sigue igual de mal que siempre, o peor, porque ya es inequívoco el destino de profesor, casi una especie de simbólico castigo que la mediocridad del tiempo inflige a su elevado espíritu. Es una contradicción insoportable para sus proyecciones íntimas porque frustra la ilusión de ser el creador inadaptado (pero vastamente reconocido, como Rimbaud). La iconoclastia o la rebeldía insumisa, la capacidad visionaria o la pureza perdida chocan miserablemente con la evidencia de depender de un sueldo del Estado pagado por la inmensa cantidad de taxistas y porteros, electricistas y fontaneros que desatienden sus diatribas contra la decadencia de la clase intelectual y la ruina cultural de hoy.

A veces las desatendemos incluso quienes no deberíamos, atacados por un optimismo delirante, o quizá todavía herederos de nuestro propio romanticismo insano, como si en nosotros mismos no pudiesen apreciarse los rastros de la decadencia: cuánto hace que no repasamos a Platón, cuánto hace que no escuchamos a Haendel, cuántas novelas quedan por leer de Tolstói, y quizá habría que volver a ponerse con Proust, porque es un clásico absoluto y porque a un clásico se le lee dos veces cuando menos para poder asegurarse de que al menos una vez se le ha leído bien. Y ahí estamos nosotros, dubitativos entre la última novela llameante y actual y ese clásico admirable

recién reeditado en tapa dura, letra hermosa e impecable traducción que se quedará sin leer...

Pero cuánto durará esa activación de las alarmas y cuántas veces ganará la actualidad. Porque la autocrítica se debilita como todo, y al intelectual melancólico también: la insatisfacción no estimula el sentido autocrítico, esa ave rapaz que el intelectual sabe dirigir hacia fuera y que antes, más vigilante y menos soberbio, dirigía contra sí mismo o contra la razón de sus ilusiones derrotadas, cuando examinaba más ecuánimemente el valor de su trabajo o la razonable difusión potencial de sus saberes. Al revés: el melancólico arremete, cargado de razón emocional, contra la ingratitud que no ha premiado con justicia el sacrificio, el estudio, el chorro de luz que ha difundido sobre nuestras pobres cabezas.

La razón es más que obvia, y es que ya es de toda evidencia evidente la irrecuperabilidad de la dignidad del saber y del gusto, vulgarizado sin remedio tras la pérdida del aura del maestro o del intelectual. En realidad denuncian que a ellos les llega la hora del aura entresoñada, semidisfrutada, pero siempre malditamente incompleta: la que tienen, que es mucha, no basta para enjugar la deuda que la sociedad ha contraído con obras de tanto relieve. Se comportan entonces como adultos mimados y demasiadas veces consentidos por los medios de información, que para empeorar las cosas ahora son también culpables de sus desengaños y corresponsables del rebajamiento de la exigencia que los ha dejado fuera de juego, o así lo viven ellos.

Es un discurso no sólo tóxico sino civilmente reprobable porque induce en televidentes y lectores en general la sensación de que las élites del país arrojan la toalla y desde su púlpito sagrado abandonan a su suerte a la sociedad: ya no hay esperanza alguna, tras su deserción, de remediar nada porque todo está desarbolado. Se acabó la alta cultura y la decadencia intelectual oprime violentamente al buen gusto. Es ya nada más que voluntarista la confianza en la emancipación ética y cívica del ciudadano acosado por tantos males. Las cosas no han llegado a ser lo que debían y hasta la obnubilación les hace utilizar metáforas fuertes para indicar el curso corrompido de la humanidad. Apelan a expresiones clásicas como la del *fuste torcido de la humanidad*, de Isaiah Berlin, que es una adaptación libre de una frase confusa de Kant. Y quizá confiados en que el lector no sabrá de qué habla Berlin cuando utiliza esa expresión en 1978.

Pero, contra lo que parece, esa frase no designa el derrotero equivocado de

la humanidad sino la imposibilidad de enderezar por la fuerza o por la ley la imperfección humana. Berlin citó esa frase varias veces, y una de ellas la apostilló así: «meter a la gente a la fuerza en los uniformes impecables que exigen planes en los que se cree dogmáticamente es casi siempre un camino que lleva a la inhumanidad». La frase invita a relativizar los temibles ensueños de lo óptimo e invita sobre todo a negociar con la realidad y sus múltiples estratos para evitar simplezas (o sea, dogmas). Como escribe en otro lugar, «no hay solución perfecta posible de los asuntos humanos, no sólo en la práctica sino por principio». Y por supuesto es una lección dirigida a desactivar el ensueño romántico y neuróticamente adolescente: aunque no sea «a primera vista un programa terriblemente emocionante», ni «un grito de guerra apasionado que inspire a los hombres sacrificio y martirio y hazañas heroicas», lo que sí hace es inspirar virtud y verdad, es decir, un modo factible y estimulante «de impedir que las personas se hagan demasiado daño entre ellas».

Muchos años después, un hombre nacido ya en plena posguerra mundial y liberado de complejos como Roger Griffin, ha escrito desde una perspectiva multidisciplinar sobre la confluencia de dos actitudes intelectuales en las catástrofes de los años treinta y cuarenta. Y la lección que obtiene es la complicidad transitoria, con efectos imprevistos, de dos ingredientes: «el papel que desempeñaron en la literatura y en la cultura modernistas [de entreguerras] las ficciones “apocalípticas” relacionadas con la decadencia del mundo contemporáneo» está en relación directa «con las ideologías de los movimientos sociales y políticos empeñados en solventar la supuesta corrupción y decadencia de la sociedad». Obviamente, el libro se titula *Modernismo y fascismo*, y pone los pelos de punta como análisis meticuloso del caldo de cultivo totalitario, sobre todo leído con la imaginación puesta en pesadumbres más recientes.

Y es que nadie ha visto que la modalidad desdeñosa de la melancolía y de la queja haya alentado en la gente ganas de hacer las cosas bien; nadie sabe de un castigo que haya dado fuerza al castigado para mejorar algo (sí ingenio para eludir otro castigo); nadie sabe de una melancolía desengañada como fuente de acción vital fértil y feliz, así que el único efecto esperable de la diseminación de ese discurso consiste en la exaltación del melancólico como oráculo que ve lo que los demás no ven y la creación de una suerte de secta propicia a desmantelar los pocos restos de confianza que la brega diaria

concede a todos. El efecto es corruptor, por tanto, porque concede un crédito desenfocado y excesivo al intelectual que desestima el valor real de la actividad cotidiana. Y, como escribió Emerson a otro propósito, *l'ennui*, el descontento melancólico, el tedio, se convierten así «en una enfermedad que acorta la vida y despoja al día de su luz».

Sin tanta poesía, quiere decir que la deserción de los presuntos maestros multiplica las defecciones y el abstencionismo cultural en lugar de estimular el conocimiento, el aprecio y el juicio ponderado de lo real, que es siempre mucho y muy difícil de conocer con un poco de solvencia, sea esta cual sea: literaria, filosófica, musical, historiográfica, operística, museística, crítica.

El cansino desprecio por la realidad de las letras y de los medios contemporáneos genera en la gente de buena fe la culpa de no hacer más para tener contentos a intelectuales tan severos y redobla la sensación de esterilidad de ese saber. Mientras se llenan la boca los intelectuales apocalípticos con el descrédito de la cultura humanística están alimentando la inercia que denuncian. Su actitud está avalada por la autoridad de sus trayectorias, pero suele servir para recordar su exquisita excepcionalidad, porque desde luego entre la nómina de los degradados no están ellos. El público inerme reconoce –en algunos más que en otros– voces informadas cuyos diagnósticos toman en serio y creen de buena fe que la cultura se dirige al peor descalabro de la historia (en el marco incomparable de la riquísima historia intelectual española...).

Pero cuántas veces sabemos que aciertan y cuántas otras echamos el freno para sacudirnos de encima las sospechas o las intuiciones que avalarían semejante diagnóstico. Razones no faltan para arremeter contra la incuria de tantos textos, empezando por lo que uno tiene más a mano, aquello que ha escrito y que un día malhadado relee. Creía que iba a encontrar algo de valor y se revuelve contra sí mismo justificando patéticamente que lo escribió con prisas –las prisillas de siempre– o lo escribió agobiado por otros deberes, o mientras se separaba, o mientras se casaba, o mientras cambiaba pañales o mientras dormía...

Y de nuevo despierta de la pesadilla advirtiendo sin grandes aspavientos o como un perfecto simple la escasez de lo propio y la precariedad rutinaria de textos que se le hacen tan antiguos y tan envarados, tan cautivos de su altísima importancia que nadie nunca llegará a leerlos. ¿Y si pasase eso con los demás? ¿Con aquellos incluso que más respeta y más ha leído? La tentación de

poner en fila los libros y los autores para que vayan derribándose como fichas de un dominó hacia el infierno empieza por uno mismo y vete a saber dónde puede terminar. El contagio depresivo puede crecer y crecer y llevar a la desestimación integral y en el fondo irremediamente afectada.

Pero si en una sociedad democrática madura esta actitud derogatoria es un tanto infantil y esterilizante, en una tan frágil como la española es calamitosa y de alto riesgo. En lugar de admirar y celebrar la obra de quienes trabajan hoy en historia del arte, en estudios de letras, en la crítica literaria o en la traducción, en historia política o historia intelectual, en ensayo filosófico, en antropología urbana, en literatura o en teatro, el melancólico predica ante una sociedad que escucha reverencialmente las admoniciones solemnes que desestiman ese trabajo de un hachazo y en un titular. La realidad a menudo es que la mayoría de ellos hace mucho tiempo que no lee, que es vicio de adquisición común en el intelectual melancólico. A lo sumo, relee valores seguros (sospechosamente parecidos a su lista de viejos amigos de aventura generacional y clásicos imperturbablemente encabezados por Goethe o, en su defecto, y más cerca, Benjamin o Kafka). La cautela preventiva ante la ingente cantidad de libros que se publican les obligaría a rehuir el papel de solemnes impugnadores de la vulgaridad unánime. Es lo más vistoso precisamente porque pronuncian sus prédicas desde el risco nimbado de brumas.

Las democracias más solventes, la británica, la francesa, la alemana, toleran ese papel a los jóvenes iconoclastas dispuestos a reventarlo todo, pero no ya a quienes disfrutan de los privilegios del crédito público (o la cátedra). El melancólico se convierte en portavoz mortificado de un desánimo social que sobre todo traduce el suyo propio, como si creyese que el espacio público que le toca no es el del análisis y difusión entusiasta de lo bueno sino el del *dictum* derogador que no necesita otra prueba que su propia autoridad. Parece creer que hoy la mala preparación, la indolencia crítica, la pasividad intelectual o la mera inercia cultural son superiores a etapas anteriores, cuando de hecho semejante visión es manifiestamente sectaria, parcial y poco atenta a la diversidad de cosas que entrega el presente y cuya evaluación requiere sobredosis de paciente ponderación. Pero el prestigio de la melancolía sigue siendo incombustible frente a la ecuanimidad analítica y la generosidad intelectual.

La reclamación implícita de sí mismos como guías del futuro es una secuela más de una formación católica que en muchos casos no se han sacado de

encima todavía. O que al menos parece latir en el fondo de planteamientos maximalistas y muy poco empíricos: idealistas desengañados, porque el cristianismo es a menudo un idealismo perfecto para fabricar resentidos de por vida. Denunciar la pobreza de la cultura actual por la vía de desacreditarla es un fraude imperdonable de estos melancólicos porque en sus manos está transformar esa percepción descorazonadora en razones para el coraje estimulante. Ellos saben y sabemos los demás que la calidad es exigua y es minoritaria, que las grandes obras son grandes porque son pocas y que la producción media de una cultura se mide sin prisa y con escepticismo, pero también con la honestidad de diagnósticos equilibrados. Quienes hacemos crítica habitualmente podemos leer desde el risco, pero seremos probablemente miserables si el risco no deja ver más que la excelsitud y menosprecia como tara contemporánea las toneladas de papel impreso que editores miopes deben de haber ido segregando por inercia o incuria.

Mientras el intelectual anuncia la llegada del apocalipsis, incapaz de hallar un par de Grandes Autores por semana, uno imagina la cara de los compradores de las colecciones de clásicos en los quioscos, o la cara de los jóvenes profesores dedicados a sus trabajos, o la cara de escritores jóvenes e inauditamente también valiosos, o la cara de traductores que han ido haciendo sus experimentos o la cara de los estudiantes ocupados en sus bibliotecas, y sospecha lo que piensan y respetuosamente callan, mientras les llueve la jeremiada de charol. A los mejores de estos jóvenes –que siempre son más de lo que el melancólico cree– les queda muy poco para sacar a los jeremías de su sitio y hasta a sus fantasiosos antídotos.

Al ciudadano curioso, lector confiado de periódicos, ni se le pasa por la cabeza que están hablando básicamente de oídas y un tanto precipitadamente, con datos conyunturales y casi siempre tomados de la experiencia particular: como auténticos intelectuales. La herida se hace sangrante cuando difunden sus atrevidísimas conclusiones a partir de un informe más o menos prestigioso, charlas de café con los sobrinos, observaciones rudimentarias de sus hijos y cuatro datos tomados de otros amigos con experiencias de vastísima fiabilidad. La conclusión sólo puede ser la preceptiva, construida desde la estatura ideal de su saber: la enseñanza secundaria vive una degradación de calidad como no ha visto Europa en todo el siglo.

Porque nadie ha vuelto a ver ya más aquellas formidables falanges de profesores de instituto que recordamos todos, y recuerdan ellos, en aquellos

los discretos tiempos de la posguerra o más atrás, en los apacibles tiempos que incubaron el huevo de la serpiente de 1936 o de 1939. Y los más felices tiempos de los años cincuenta y sesenta qué, ¿eh?: entonces sí había formación clásica verdadera, y los jesuitas y los escolapios y las madres adoradoras y del corazón de Jesús regaban con su saber y bondad las semillas espirituales del buen ciudadano. Y para los pobres estaban los profesores de las barriadas, los curas que no parecían curas porque leían a Françoise Sagan o leían a Graham Greene en las grandes capitales y a veces incluso en las provincias.

En los pueblos prevalecía preferentemente la sencillez rústica y la formación sólida y natural, gentes en verdad honradas y comprometidas con el proyecto educativo de una sociedad madura, blindados contra la dictadura franquista en bloque y todos, todos, desde los jesuitas a los maestros rurales, funcionaban poco menos que como infiltrados de la modernidad, mensajeros de la subversión, agentes del cambio futuro; era el tiempo en que los niños jugaban en la calle y desarrollaban programas interactivos para la edad adulta y solidaria, jugando a machacar culebrillas y ratoncillos, a cortar la cola a las lagartijas, a dar pelotazos y forjar una estructura moral a chinazos y guantazos, pero nobles, no como los de ahora, viciados por los dibujos animados de los japoneses y las infernales máquinas de matar que fueron las consolas y los videojuegos (al menos en *Hazañas Bélicas*, y en el *Capitán Trueno* o en *Jabato* los dibujos eran de una calidad rara que ya no se encuentra, no como hoy, que todo es artificio de ordenador y sobreabuso de efectos visuales).

Por entonces los profesores eran buenos y sabios y altos y rubios y ahora sólo son carne de socialdemocracia rutinaria, lectores de la peor bazofia literaria del mercado, incapaces de imponer la autoridad, ni poca ni mucha, no como antes, que la autoridad daba gusto. Hoy ni son rubios ni son altos ni son buenos ni son sabios y encima tienen en clase porcentajes a veces alucinantes de inmigrantes desconectados de casi todo en la sociedad en que crecen y a menudo tan desconectados que no entienden ni el idioma. Y si al intelectual se le ocurre preguntar por ahí, ya saben las respuestas nuestros melancólicos oficiales: los profesores de instituto son hoy figuras patéticas que cometen faltas de ortografía en la pizarra, que no saben usar los ordenadores portátiles, desinformados básicamente de todo, incluidas sus propias materias.

Quienes tenemos la fortuna de conocer a un buen puñado de profesores dispuestos a dedicar más horas que un reloj a mejorar la vida de esos chavales, sabemos en secreto que no son sólo incomprensible carne residual

del pasado, sino insensatos vocacionales dispuestos a hacer bien su trabajo, a despertar el amor por el saber en chavales que no saben o a favorecer en quienes la sienten la curiosidad por averiguarse a sí mismos y sus vocaciones. Claro que no y por supuesto que sí: antes, antes eran mejores, con sus sotanas, sus manías y sus cosas.

REFRACTARIO AL PRESENTE Y A LA HISTORIA

El melancólico es por definición un usuario deficiente de la historiografía: tiende a preferir la historia antigua o remota, en todo caso hasta el siglo XIX o incluso la primera mitad del siglo XX. Se siente más cómodo con el pasado antiguo y los discursos hechos y establecidos, en los que ya casi nada queda por decir. En historia moderna y contemporánea las cosas son mucho más complicadas y ahí el melancólico tiende a ser un ave voladora que maneja con elegancia conceptos simples y a menudo ya abandonados por los historiadores más competentes.

Un saber histórico de primera mano o más matizado impediría seguir empleando las fastuosas analogías con el mundo antiguo, a menudo sacadas del cajón de los mitos, que dejan el conocimiento en el mismo punto en el que estaba. La reticencia a la historia como saber es comprensible, por lo demás: fuera de los datos fácticos, es complejo y laborioso trazar un mapa fiable y respetuoso del pasado reciente. Los equipos universitarios subalternos son los encargados del trabajo sucio y paciente porque el intelectual no pierde el tiempo en contar muertos o leer viejas revistas, viejos periódicos, viejos documentos y viejos libros.

A sus ojos, la historia es casi siempre la hermana pobre de las artes y letras porque trabaja con un tempo de exasperante lentitud y con una dimensión empírica casi por definición tóxica. A veces para desmentir una idea hecha o un prejuicio histórico arraigado hay que invertir la vida entera. La historia bien hecha es muy morosa pero casi por defecto tiende a desmontar las versiones felices del pasado. En la raíz del oficio está el desmontaje de los relatos que cada presente ha dado de sí mismo, y limpiarlos de mentiras y ocultaciones, de traiciones secretas y claudicaciones inconfesadas. Por decirlo así, el oficio de historiador es detectivesco y por eso es, como la mejor novela policíaca, una escuela de desengaño. Casi nada en historia acaba siendo como parece o como

fue contado. Los intereses de cualquier presente difieren de los intereses del futuro, más dispuesto a despojar de excusas las motivaciones humanas y a saber más fiablemente las cosas que pasaron, tanto si perturban el relato heredado como si no.

Y el melancólico, para escuela de decepciones, ya tiene bastante consigo mismo y con su hastío meditabundo ante la falta de sustancia del presente. Y no va a estar dispuesto a aceptar que es precisamente la valiosa sustancia del pasado lo que descubre el historiador cuando se pone a trabajar, y con su trabajo desmiente paso a paso el sentimiento de desustanciación que todo presente ha tenido en mayor o menor medida. No parece haber aprendido que la historia es un ejercicio de abstracción intelectual para comprender el pasado fuera de sus mismas condiciones constrictivas. El historiador no necesariamente justifica el futuro pero intenta explicar lo que ha llevado a él: dota de sentido y significado específico al comportamiento pasado sin dejarse camelar por la percepción que tuvo ese pasado sino explicándola y discriminando la lucidez del interés. Claro que todo se repite y claro que seguimos siendo fundamentalmente los mismos, pero todo lo demás, mientras tanto, ha cambiado antes y ahora.

El intelectual melancólico recurre a los esencialismos un tanto vacuos para explicar el presente como si fuese el argumento decisivo para descalificarlo, sin advertir que esa misma mecánica valdría para invalidar todo el saber histórico y razonado que hoy poseemos y es, por cierto, parte sustancial del legado del humanismo clásico, del pensamiento ilustrado y la crítica historiográfica del siglo XIX. En el fondo, incluso puede temer que los historiadores del futuro hagan con él y sus melancolías lo mismo que hacen los historiadores con el pasado: desvelar las causas menores de un achaque teatral, egoísta y enfático. El retrato del melancólico de hoy, visto dentro de cincuenta años, puede parecerse mucho al del narcisista perpetuamente descontento por la indiferencia que sobre él proyecta un presente movido por intereses espurios y sin sustancia alguna.

Pero la imagen de la realidad, al menos desde el siglo XX, se construye a través de una complejísima trama de informaciones y datos nunca integrados de modo coherente y perfecto. El principio de incertidumbre complica todavía más las cosas: el objeto muda desde el instante en que es observado y el observador aprende que su capacidad de atención es necesariamente selectiva, incluso cuando quiere ser un observador integral. Sin embargo, nunca como en

el último medio siglo la imagen de lo real había dependido de tantísimos centros emisores de información y discurso, y por tanto nunca había sido tan potencialmente indescifrable esa imagen de lo que sucede en el presente.

La incontrolada capacidad de las sociedades contemporáneas para emitir realidad ha hecho de ella una pluralidad atomizada de percepciones más o menos perspicaces pero casi todas basadas en la invención, como se construyen las novelas y las películas: con argumentos, con protagonistas, con pasiones atadas o desatadas y por supuesto con intereses prácticos y materiales. El ciudadano construye así su percepción de la realidad necesariamente fragmentaria e incompleta. El efecto último es, paradójicamente, una forma humilde del equilibrio basado en el sentido común, como si el propio ciudadano con una mínima formación fuese capaz de rebajar las aristas, moderar los excesos y elaborar por su cuenta, con los distintos focos de información, una imagen equilibrada o razonable de lo real, incluida la percepción de las catástrofes del presente.

Con el melancólico las cosas no funcionan así porque el dolor desvía su atención o bloquea su demostrada agilidad de movimientos intelectuales. El sufrimiento que experimenta ante las fallas morales y culturales de la realidad engendra una dinámica prefijada y cada nueva observación o cada nuevo dato corrobora sus peores sospechas, que son monotemáticas y obsesivas, cada vez más alejadas de la ecuanimidad de juicio o del equilibrio compensatorio de otros datos. Podría ser el mejor informado –aunque con mucho tiempo y paciencia, por supuesto–, pero acaba siendo víctima de la impaciencia y del dolor, y así se hace dueño de una percepción interesadamente sesgada, fundamentalmente injusta y sospechosamente parcial. Devuelve el dolor con dolor al devolver a la sociedad su desatención con un diagnóstico paranoico, como si así hubiese de hacerla entrar en razón y como si ése fuese el castigo merecido al desdén tras sus muchos años de actividad intelectual.

Al melancólico, por tanto, le asalta una y otra vez la evidencia de una degradada subsistencia actual de modelos del pasado, naturalmente asociados a su juventud. La herida no deja de crecer día a día porque la realidad rutinaria –nunca en ningún tiempo capaz de satisfacer las exigencias más elevadas– le agrede como una mala noticia crónica o una pesadilla seguro que entre kafkiana y dantesca donde cada observación ratifica la catástrofe intuida. Cada dos por tres encaja motivos irrelevantes –vulgares, viejísimos, obvios como el Cola Cao de su mismísima infancia– para fomentar su desdén hacia un

tiempo de decadencia. Para el intelectual melancólico la formalidad y hasta la compostura no son recursos accesorios o meramente auxiliares sino esenciales, y entonces el círculo vicioso se hace indestructible. Engendra la semilla de una insatisfacción incurable y expuesta a la pendiente de un desencanto que sigue el curso médico esperable: el paso siguiente será la fabulación enfermiza de un pasado en el que no hubo los males que hay hoy y donde la humanidad basculó más sabiamente sobre sus justos ejes.

Cuando recorre su ciudad –aunque apenas sale ya de su circuito cotidiano y casi sólo habla de memoria–, detecta y deplora los síntomas de su transformación en una trama de espacios nuevos, calles irreconocibles y locales fantasmales que han perdido el elegante empaque de antaño. El turista es la nueva raza bárbara y las franquicias internacionales han descompuesto todos los paisajes sentimentales de la memoria para dejar un desierto de luces horteras y escaparates de gangas de medio pelo. Donde había locales de toda la vida –quiere decir, en realidad, fundados en vida de sus padres– hay hoy vulgares escaparates para jóvenes jinetes a lomos de la crisis de valores. Sin piedad exhiben una tosquedad que también sin remedio hiere la mirada descompuesta del melancólico.

La marejada de jóvenes con ropas de plástico, gorras de visera, bambas luminosas y torsos desnudos con la camisa atada a la cintura se convierte en argumento incontestable sobre el dominio universal de la vulgaridad y la hegemonía del mal gusto. Antes, en cambio, en las calles se respetaban los códigos de la elegancia sin énfasis, leves cabeceos entre los ciudadanos para darse los buenos días y una finísima, imperceptible gentileza de maneras que permitía asegurar la pertenencia a una tribu estable, burguesa, sensible y culta.

LA PROLIFERACIÓN INÚTIL

Por eso no le queda otro espacio al melancólico que la conciencia blindada contra las embestidas de un presente descarnadamente soez. La democracia posindustrial e hipercapitalista ha traído excesos inimaginables de tosquedad pero ha hecho algo todavía más intolerable. Ha destruido las condiciones materiales de existencia de una vida alta y digna al destruir la herencia del humanismo: el respeto por los maestros, la reverencia debida a la alta cultura y, ya se adivina, la degradación galopante de la enseñanza universitaria.

Pero ése es argumento demasiado coyuntural y además muy peligroso: el melancólico moderno no tiene un pelo de tonto y sabe que razonar con cuidado las múltiples deficiencias de la universidad exige de su parte un laborioso y razonado estudio metódico. El sacrificio sería excesivo para que tras tanto trabajo todo siguiera igual y casi todo el mundo siguiese a su bola (excepto un puñado de técnicos del ministerio del ramo que, a saber por qué, mantiene la fe en la función social del Estado). En general, además, el melancólico no puede hablar muy alto sobre la universidad porque ha sido beneficiario objetivo de ella más que víctima. Por tanto habla en voz baja, en corrillos cómplices que descalifican de arriba abajo la degradación de un sistema que pide una solución de emergencia, que ni ellos ni nadie sabe bien cuál pueda ser, fuera del universal gaseamiento de todos, empezando por los melancólicos.

Bien es verdad que suelen entenderlo al revés, y viven su madurez profesional bajo el síndrome del abuso social y la agresión juvenil. Sus figuras empiezan a suscitar un preocupante e incomprensible desinterés en el público: cabezas somnolientas que se escoran en el pupitre hasta dormirse apaciblemente. La salida argumental del melancólico es vistosa pero es falsa: entre las taras más ignominiosas del presente figura la disolución del principio de autoridad (o sea, ellos), vapuleado por las hordas de alumnos que han invadido las universidades en los últimos treinta años —justo cuando ellos empezaban a dejar el lado de los pupitres para subirse a la tarima y ya no bajarse nunca más—. Las antiguas hordas que fueron ellos ante profesores desarbolados tuvieron una justificación histórica inapelable: reventaban con sus juicios en clase y con sus indumentarias las bases de un sistema feudal bajo la dictadura burguesa del capital (y, en nuestro caso, franquista) y dejaban servido el banquete de la modernidad.

Hoy las hordas sólo son hordas; los últimos años han agravado el problema por la desaforada multiplicación de las voces, los ecos, las turbas y las pantallas. Se ha disuelto irreparablemente el orden de las ideas en un guirigay atronador. El melancólico se da cuenta de que no le oyen, o de que le oyen sin escucharle, y cada vez tiene que gritar más, o radicalizar más lo que dice, para que no se pierda en la turbamulta mediática la voz conmovida que ve los destrozos que no vemos los demás. Sobrelleva primero con coraje y empuje, y después con resignación y una irritabilidad contenida, la evidencia de que a

otros sí se les oye y escucha, a veces incluso de la propia clase y profesión, y ni cristo duerme en esas aulas.

Los problemas empiezan cuando se duermen en nuestras aulas y nuestras conferencias o en las de otros colegas que descubren, igual de estupefactos que yo, el desinterés telúrico de muchachos con las orejas tapadas con auriculares, fascinados por un serial suntuoso pero indigente al lado de maestros como Luchino Visconti, Orson Welles o Stanley Kubrick, que por lo demás no van a sonarles ni de lejos, instalados en una nube invisible de calzones visibles, canalillos saltarines en escotes macrocósmicos y una jovialidad entre inocente y bondadosa: defienden ONG que delatan la derrota del Estado moderno o se conmueven con autores de tercera fila que no resisten una segunda lectura...

Nuestras canas al día siguiente brillan más insolentes a la luz cruda de la mañana y el aire se agolpa contra nuestro paso al salir de casa y echar un vistazo desgano al quiosco poblado de banales papeles pintados. Ese día el ángulo de la inclinación de tu propio cuerpo encorvado avanza peligrosamente o peligrosamente se vence la espalda hacia la derecha, como siempre, pero ahora más, con los talones abusivamente desgastados y una deformación ya pronto incorregible en la columna. La luz del sol incluso ha ido haciéndose hiriente, como si necesitásemos ya también cuanto antes guarecernos en el túnel del metro, que es hacia donde vamos indefectiblemente, porque lo que es seguro es que el risco es ya pura música de las esferas.

O bien despertamos de la fantasía mórbida, felizmente instalados en otro libro nuevo y bueno, o bien empezamos a autocompadecer el maldito oficio de enseñar a cabezas huecas y empezamos a detectar sobrevaloraciones por aquí, campañas mediáticas por allí e insolvencias crudas más allá, a punto de acabar con todo lo respetable... Despertar tiene la ventaja de recobrar algo del equilibrio que el corazón cansado está perdiendo. Si seguimos en la murria enseguida nos sumaremos a los diagnósticos que no habrán perdido empaque mientras dormíamos, sino quizá incluso ganado persuasión y exactitud, como si ya en nosotros mismos anidase la sospecha depresiva de que el melancólico tiene razón: antes el buen ciudadano sabía qué había que pensar y de quién había que pensar bien, y hoy el desorden se ha instalado en la escena social y mediática. Nadie sabe quién tiene la autoridad en materias morales o estéticas o políticas, como si estuviésemos en la antesala de una nueva barbarie donde

la jerarquía no existe, el mérito equivale al desprestigio seguro, la calidad se achata y el caos impera como en los peores tiempos.

Pero al melancólico no le desazona tanto el imperio de la vulgaridad como la vulgaridad que impera en quienes sí consiguen audiencias grandes o impactos culturales abrumadores: necesariamente han de degradar esos efectos, porque son acusaciones implícitas sobre sus propios límites o sobre el radio modesto de acción de sus innegables méritos. Alguien se está equivocando cuando deja en manos del gusto popular o del mercado la creciente circulación de autoridades enanas que usurpan el espacio de las que cuentan de veras (como sí sucedía antes, cuando el mercado se regulaba de forma sabia y exenta de bajos intereses). En medio de esa zarabanda, el intelectual apenas logra impartir doctrina o arañar unas cuotas de pantalla o de ventas que no resarcen ni curan la melancolía. En el fondo ahondan en la herida y reafirman las razones de su enfermedad. En el círculo vicioso del melancólico es necesario el crédito ajeno creciente para confirmar tristemente la disolución de los valores auténticos.

El sol despelleja la mirada tras salir de la penumbra interior y no deja ver, ni bien ni mal. Algo semejante a eso le pasa al melancólico cuando sale de su cuarto sabio y no ve porque ve un vacío estremecedor fuera. Ni oye ni lee voces nuevas respetables porque se ha hecho un vacío blanco, el vacío simbólico de cabezas bovinamente desatentas o negligentes miradas que pasan de página en cuanto ven la foto del articulista y saben que no va a interesarles. El melancólico advierte que sus artículos o sus libros no irradian cuanto debieran, pero sobre todo sabe que no identifica –en sus vastas exploraciones de las incontables novedades editoriales– las voces que importan. Antes era muy fácil seguir los libros que valían la pena porque el intelectual avanzaba en su maduración como escritor y como lector al mismo paso que las novedades: él era parte de esas novedades, y lo eran sus compinches, sus cómplices, sus colegas. Sin dificultad encontraba los libros que quería precisamente porque eran los que buscaba.

Hoy al melancólico le parece que nada nuevo vale la pena, aunque tiene la evidencia apabullante de una mesa de novedades pobladísima de nombres ignotos (o conocidos) pero avalados por editores prestigiosos; los editores se quejan, como deben, pero no paran de editar cosas que aprecian, y los librereros cierran pero no cierran todos (ni hubo nunca librerías de la calidad, el alcance geográfico y la velocidad de servicio internacional de las que tenemos hoy).

Pero esa sobreabundancia inútil que ve el intelectual resulta que, al menos en España, significa por primera vez una forma de homologación a los usos y costumbres intelectuales contemporáneos, o cuando menos propios de la Europa intelectual de la posguerra.

Lo que era una patología cultural en España ha desaparecido en España también. Hoy el nuevo escritor o ensayista o articulista o profesor de humanidades no está forzado a pasar el *cursus honorum* de antaño, buscando el sustento en donde fuese. Hoy el Estado ha absorbido como deber civil la formación académica de sus estudiantes y eso significa que ha programado, para los más competentes y con más seguras aspiraciones intelectuales, varios años de financiación de su formación científica en costosos programas de investigación socialmente invisibles pero científica e intelectualmente cruciales. Ahora es infrecuente, pero todavía aún viva, por fortuna, la proliferación de firmas muy jóvenes en los grandes medios escritos o editoriales. Pero tienden a ser captados sólo cuando sus trayectorias han logrado un punto de madurez intelectual y resultados contrastados (tras sus primeros artículos especializados, tras sus primeras tesis, tras sus primeros libros). Se acabó la fantasía bohemia del intelectual que improvisa formándose sobre la marcha, a la vista del público, mientras va escribiendo aquí y allá como un forzado (que es lo que era).

Cuando España era sólo una animosa variante del subdesarrollo, en plena rumba del 68 todavía, la salida natural del joven profesor o del joven escritor era dar clases gratis y escribir artículos gratis y publicar libros gratis. Es verdad que eso entonaba el músculo y se aprendía a vivir con lo justo, como enseñan los maestros estoicos, pero es verdad también que era el modo de sacar la nariz en los papeles y empezar a aspirar a una remuneración por ese trabajo, como el de asesor editorial o colaborador pagado en las revistas de entonces o en los periódicos de entonces (por supuesto, a ojos del melancólico fabulosamente escritos frente a la carroña mediática que dispensan hoy). Ahora la etapa de madurez intelectual y profesional se hace en despachos universitarios o en la casa de cada uno, recibiendo puntualmente el dinero de una beca que le da para vivir como un rajá moderno y mileurista, y por tanto sin necesidad de acudir a por el pan echando artículos y desplegando sus indudables saberes, incluso sin llenar necesariamente las editoriales minoritarias de excrecencias más o menos irreprimibles a la espera de una salida más ventajosa al mercado editorial y al futuro marmóreo del arte.

La producción intelectual de calidad hoy lleva el ritmo y la probidad que habitualmente ha llevado en Francia, en Inglaterra, en Alemania o en Estados Unidos. Y, como allí, suele circular por editoriales de escasa repercusión, sin ánimo de lucro en el fondo, cuando no universitarias, y también básicamente más fiables, hasta que algunos de ellos escalan nuevos puestos en el mercado cultural. Algo crecidos ya, aparecen de golpe y sin que nadie tuviese apenas noticia de ellos, sobre todo, claro está, sin noticias de ellos por parte de quienes firmaban los artículos y los libros en los medios prestigiosos hasta entonces.

La adaptación a los usos científicos de la Europa contemporánea ha hecho perder dinamismo bohemio y desvergüenza a nuestras facultades, es verdad. Ahora ya las aulas no son pretextos para fabulaciones esotéricas sobre la sociedad del futuro sino lugares profesionales con infinidad de jetas incrustados, cantidades considerables de profesionales de relieve medio y un puñado de profesores capaces de promover líneas de trabajo productivas y ejemplares. Lo demás es el mantra de que la universidad ha empeorado, o un mantra peor todavía: ahora no hay espíritu crítico ni libertad de imaginación porque los muchachos aspiran sólo a ser funcionarios, a encontrar un empleo, el saber es un instrumento y la cultura un disfraz de sus abyectas intenciones secretas: quitarles el sitio.

LA FOBIA FINGIDA A INTERNET

Cualquier analista responsable sabe por puro sentido común que la comprensión de movimientos colectivos de fondo necesita un período extenso de observación y sobre todo una dosis equilibrada de información que permita trazar el mapa del sistema completo y no sólo del comportamiento de uno de sus ingredientes. Sin esa percepción general, se desboca el sentido de un elemento y pierde valor de conocimiento y de interpretación. La deformación analítica más común tiende a enfatizar una mutación particular sin advertir que otras mutaciones dentro del mismo sistema afectan al análisis, reequilibran las fuerzas en juego y muestran una evolución transformadora que no suele desembocar en cambios radicales de ningún tipo ni en alteraciones sustanciales como las que formula la melancolía desesperada del presente. La pérdida es a menudo ganancia imprevista, y la ganancia imprevista suele dar

en pérdida de algún tipo porque el equilibrio y el reequilibrio es una ley primaria de las sociedades humanas y, por supuesto, de los sistemas culturales.

Al intelectual melancólico, sin embargo, le pirra detectar los síntomas de pandemias éticas y culturales –a pandemia por artículo– donde no suele haber nada más que mutaciones sectoriales y enjugables por nuevas mutaciones que no condenan necesariamente al desastre porque conlleven una pérdida (como no ha sido una pérdida incalculable la reducción de las lenguas clásicas en la formación humanística de las sociedades occidentales del último medio siglo). No suelen advertir que el latinista más competente habrá sacrificado otra parte del saber tan indispensable como el latín y puede devenir un perfecto bárbaro en relación con las ideas, la estética, la poesía o el cine del siglo XX. Esa carencia no va a remediarla su exquisita aptitud traductora de Horacio o de Virgilio y, de hecho, ni Horacio ni Virgilio aprobarían semejante déficit, como no la hubiese aprobado el humanista del Renacimiento dispuesto a cumplir su programa fundamental: hacer más feliz el presente.

Dada la renovación inequívoca de una clase intelectual preparada y poderosa, es cosa de tiempo (poco) la rectificación lógica del espasmo tecnológico que ha vivido el Occidente contemporáneo. Veinte años enfrascados en un formidable juguete radicalmente subversivo son tiempo suficiente para interiorizarlo. A las implicaciones de vivir con Internet habrá que educarse porque su potencia transformadora ha modificado las técnicas, los usos y los recursos ordinarios de trabajo en todas las profesiones. Desde el tendero hasta el arquitecto, desde el neonatólogo hasta el geólogo, desde el lingüista hasta el grafista, el cineasta o el músico, todos son usuarios felices del universo digital y telemático porque es la nueva base material del funcionamiento y la comunicación social. Las tecnologías y ciencias se han adaptado de inmediato y el ámbito de las humanidades también; lo que no se ha adaptado todavía a ese cambio radical de formas es el fondo, porque siempre va más lento, porque necesita un tránsito entre el espasmo y, pasada la crisis en sentido médico, el nuevo equilibrio.

No sucederá por sí mismo, claro está, pero la conciencia no alarmista ni incendiaria, no catastrofista ni apocalíptica de la clase intelectual contemporánea está mejor preparada para abordar su rectificación y reorientación. Hace tiempo que están detectadas las derivas defectuosas y los errores de percepción optimista. Están diagnosticados los usos y los abusos de

las nuevas tecnologías en ámbitos que les son un tanto inhóspitos o como mínimo poco esenciales, como en las humanidades, porque funcionan sobre todo a título instrumental o auxiliar (pero ahí también prestando nuevas formas de intuición y conocimiento).

A la fe ciega y a menudo obtusa, probablemente suceda el uso racional de ese nuevo mundo prodigioso, y no parece imposible hallar un reequilibrio suficiente entre la obra del espíritu y la obra del artesano que no dejará de ser el estudioso de materias humanísticas o el muchacho que desea una formación solvente en esas artes. No quiero mencionar las situaciones excepcionales —el aumento de graduados y doctorados en humanidades para cargos directivos en grandes empresas, por ejemplo— para argumentar en favor de ese reequilibrio en marcha. Es que las peores secuelas de la fascinación de Internet son percepción extendida y nada rara, como no es nada rara la conciencia del control de uso de la maravillosa televisión o de los incordiantes móviles. Gestionar la información es casi una especialidad profesional y buena parte de la formación cultural de hoy pasa por enseñar a discriminarla y manejarla, a ponderarla y seleccionarla.

El alarmismo espasmódico y fóbico, sin embargo, no es el mejor aliado para encontrar las vías sensatas para mantener el equilibrio entre educación civil responsable y adaptación inteligente al mundo contemporáneo. Pronto aprenderemos que es poco sensato formar en la escuela a muchachos sin libros impresos, por mucho que aprendamos también que su ordenador portátil es y será ya insustituible. Las herramientas nuevas (y la informática es una herramienta) se han usado mal siempre, precisamente porque en algún momento fueron nuevas, incluida la maza de piedra atada con tripa de cordero.

En el terreno de lo delictivo figura el hecho de que quienes denuncian ásperamente la nueva decadencia que arrastra el siglo XXI encarnan el progresismo estético e ilustrado del fin del siglo XX. La redención de la explotación capitalista y la liberación de ataduras de la imaginación, del sexo, del poder y la clase fueron sus banderas hace treinta o cuarenta años y eso aspiran a seguir encarnando hoy. Pero basta escucharles para advertir el retroceso ético que el choque con los nuevos tiempos ha producido en tantos de ellos, quizá precisamente porque la responsabilidad de haber sido agentes corresponsables de esta situación que deploran hoy se la atribuyen a otros, siempre los otros, que si no recuerdo mal siguen siendo el infierno: el

síndrome de la víctima es uno de los más patéticos del sistema intelectual contemporáneo y está entre los más frecuentes.

El otro es la autocompasión, a menudo muy bien remunerada y mejor enmascarada: tienden a creer que la universidad ha perdido capacidad de proteger y de engendrar la autoridad intelectual y sienten de golpe que el viejo sistema –cátedras de lealtad férrea– pudo ser más útil a los fines del saber, la gestión de las jerarquías y la calidad cultural. Pero cualquier mediano estudiante de hoy sabe que en términos de conocimiento y saber, en términos de imaginación y coraje ético, la lealtad o la obediencia no sólo no han sido nunca estímulos de la función intelectual sino exactamente lo contrario: la vieja noción histórica –todavía presente– del discípulo guiado, dirigido, tutelado, protegido, controlado y reprimido por el sabio maestro es exactamente anorgásmica, todo lo contrario de la intensidad intelectual y afectiva que rige el saber si quiere ser saber y no sólo información y herencia devaluada de saber (y poder).

Atareado en pensar el modo de elevar la miseria intelectual de su sociedad, el melancólico ha encontrado otra forma de reproche especialmente sofisticada y aparatosa. Es argumentalmente brillante pero intelectualmente perversa: al parecer, lo que de veras está jibarizando las humanidades europeas es la pequeñez de miras, el localismo de las investigaciones, la irrelevancia de los temas de estudio, la especialización enfermiza en que algunos encuentran la justificación de una vocación intelectual.

Hay una parte de verdad que es vieja como la misma noción de actividad intelectual; lo deplorable es utilizar una parte de la verdad para enunciar una verdad entera que se hace doblemente falsa. Entre las rutinas más cómicas y celebradas del intelectual melancólico está el inventario de los temas de estudio de los universitarios actuales: el neocolonialismo subterráneo en una novela de Galdós, las fisuras edípicas en los libros de caballerías o la comparación entre la impedimenta bélica de Ivanhoe y el capitán Trueno. Está bien: no parecen temas de una envergadura suficiente para justificar varios años de estudio. Pero ésta es una burla mezquina del saber universitario si no añade de inmediato la indispensable especialización del saber universitario productivo.

Pero al intelectual melancólico los ojos sólo se le ponen en blanco cuando los estudios universitarios abordan los Grandes Autores de la Humanidad, como si se diese por hecho que ése es el asunto en el que se han ocupado

ellos, como es lógico. El efecto es muy desesperanzador porque nace de una gravosísima confusión entre saber universitario solvente (sobre Shakespeare y sobre Goethe, sobre Proust y sobre Joyce) y la función deseable del sistema universitario: la ampliación del saber y del conocimiento, la aspiración a una comprensión más ajustada de lo real en cualquiera de los ámbitos en los que se mueve el conocimiento humanístico. Por eso al melancólico le parece vulgarísimo y casi risible dedicar un estudio académico a un autor que esté por debajo del *top ten* o a una obra que no figure en el dichoso risco de la creación occidental o a una etapa intelectual por debajo del Renacimiento.

La deducción del melancólico tiende a ser que el estudio de autores menores u obras no canónicas comporta necesariamente una insolvencia dramática sobre los Grandes Autores, cuando a menudo sucede exactamente lo contrario. O peor aún: lo probable es que estudios que aborden esas altas materias sean patéticamente redundantes y previsibles, aunque se disfracen de novedades teóricas o metodológicas. El error de enfoque es monumental y catastrófico (aunque por fortuna nadie hace mucho caso), porque el modo más fulminante de acabar con la cultura del humanismo pasa por la vejación de los trabajos de detalle y especialidad. O, peor todavía, por la desconexión entre los nervios e intereses nuevos de una sociedad y su clase académica, escudada en la volatilidad inconsistente de hoy. En gran medida, sin embargo, son esos estudios novedosos y a menudo especializados los que nutren fiablemente los panoramas o las síntesis de mayor alcance y aquellos que permiten construir los relatos nuevos sobre las grandes etapas o los grandes nombres, cuando sabemos ya lo que ignorábamos antes, cuando releemos mejor lo que habíamos leído mal, cuando incorporamos informaciones y documentación nueva de la que carecíamos, como cualquiera que haya dedicado un poco de tiempo a pensar en esto sabe sin dificultad.

Excepto el intelectual melancólico, que repite una y otra vez que los estudios deben ocuparse de Dante, de Shakespeare o de Goethe (no pongo a Cervantes porque la referencia hispánica suele parecer casi instintivamente rebajadora). La única alternativa a ese progreso lento y meticuloso del saber es la repetición de la misma perspectiva heredada, sin nuevos datos ni nuevos enfoques: de ahí que el melancólico tienda a creer también que la influencia de las nuevas corrientes metodológicas del fin de siglo ha sido una suerte de cáncer corruptor de lo poco que quedaba de respetable en los estudios universitarios de letras, arte, antropología o filosofía. Al parecer está en

riesgo el ideal «encarnado en una pequeña élite o en una pseudoaristocracia cabalística», al decir de Edward Said...

También a él le daba legítima ira la sobredosis de lamentación por «la ausencia actual de principios» y la estulticia de aquellos que «continúan hablando de literatura al margen del ámbito de la historia y el quehacer humanos, que censuran la presencia de los estudios de género y sobre mujeres, o de las literaturas asiáticas o africanas, que simulan que el humanismo y las humanidades son prerrogativas exclusivas de un selecto grupo de gente con formación anglófona y no contaminada por las ilusiones sobre el progreso, la libertad y la modernidad (...). ¿Es necesario que el culto al humanismo como ideal educativo y cultural vaya acompañado de infinidad de páginas llenas de exclusiones más propias de una lista de la compra, del predominio de una minoría de autores y lectores selectos y autorizados, y de un tono de mezquino rechazo?».

No será este panfleto quien defienda la inmensa cantidad de naderías retóricas y artículos estrábicos que se han amparado bajo la etiqueta de *Cultural Studies*. Pero tampoco va a ser capaz de negar la utilidad de sus nuevas perspectivas, con capacidad estimuladora del tejido crítico de los estudios literarios e históricos y con aportaciones objetivamente valiosas. Incluso más: renovadoras de la perspectiva con la que hemos seguido relatando muchos aspectos de la vida intelectual de Occidente, porque la modernidad reside precisamente en la permeabilidad crítica y despierta hacia el pasado. El melancólico sólo lee ahí –agarrado superficialmente a las deficiencias más chistosas– un nuevo síntoma del final cuando lo que debería leer es justamente la pulsión regeneradora del pensamiento crítico.

REACCIONARISMO POSPROGRESISTA

En el fondo de estas actitudes alienta un reaccionarismo ideológico que nace cuando los datos de la realidad nueva o renovada dejan de cuadrar con las expectativas fabricadas en la primera madurez. Es un reaccionarismo complejo y difuso pero, como todos los reaccionarismos, débil y rencoroso: consiente una vez más en deplorar la naturaleza estratificada y mestiza de las combustiones culturales de las sociedades modernas y acusa al mundo actual de una degradación de valores que está sólo en la recámara de conciencias

elitistas e inadaptadas, además de insatisfechas con el papel que desempeñan frente al que desempeñaron (o al que soñaron desempeñar). La deuda que la sociedad tiene contraída con ellos no sólo no está siendo satisfecha como debería sino que se agrava progresivamente el efecto doloroso de esa deuda. El espacio social empieza a escapar a su control y la respuesta es indefectiblemente, en el melancólico moderno, la nostalgia de un tiempo que coincide con el tiempo en que cristalizó su primera proyección pública, sus primeras obras, sus primeros premios y éxitos.

En el fondo significa también algo más grave: al melancólico el presente no le deja otra opción que la nostalgia por un orden perdido, quizá porque la socialdemocracia ha batido todas las marcas del desengaño ilustrado. El melancólico inventaría uno tras otro los fracasos ideológicos de la revolución sesentayochista, suma después las pérdidas de la socialdemocracia como alternativa rebajada a la utópica revolución y en el último escalón se encuentra ya en las filas del neoliberalismo sin darse cuenta de que está ahí ética y políticamente: no haciéndole el juego, sino lamentando la deriva rebajadora y empobrecida del Estado social, sinónimo ya fatal de vulgaridad, mediocridad y colapso terminal.

La socialdemocracia, sin embargo, es el programa más débil del panorama contemporáneo porque un proyecto ideológico sin ángeles ni demonios merece un doble cuidado: no alienta en él la fantasía redentora ni promete soluciones perfectas de nada. La socialdemocracia es casi incapaz de revocar la melancolía ante los más intrépidos fantasiosos. Pero es también tímida a la hora de reagrupar las fuerzas y proyectar contra el nuevo reaccionario el orden de prioridades que nos hacen hijos del proyecto ilustrado. El caso de Tony Judt es especialmente revelador por el valor de su obra y por su indesmayable posición política: entró en el siglo XXI con las orejas gachas y el sentimiento de fracaso, inevitablemente ligado a una enfermedad degenerativa que quizá acentuó la oscuridad de su diagnóstico en *Algo va mal*.

El ensayo combinaba dos pautas: la erosión o el agotamiento de la socialdemocracia como ideología de perfeccionamiento social y la tentación, más discutible, de enfocar derogatoriamente las conquistas de ese mismo proyecto político, como si su decadencia hubiese bloqueado la percepción de sus avances. La inclinación melancólica del autor se desplegaba hacia el final, quizá ante la sospecha de que fuese irrepetible en el futuro una progresión tan fecunda y admirable como la suya propia. Como alguien ha escrito, ese ensayo

puede leerse como la expresión legítima del orgullo «de un niño judío de familia pobre que llega a Cambridge» y puede ser también la confianza sombría sobre el miedo a que eso deje de ser posible en el futuro.

Pero, al margen de Tony Judt, ¿qué ha engendrado el sentimiento del fracaso actual de la educación civil y ética? ¿De dónde obtienen los melancólicos la evidencia de un empobrecimiento de la educación básica de las sociedades occidentales? ¿Del estado formativo que advierten entre los ya patéticos discípulos que encuentran en sus propias clases? El desarrollo del Estado social de derecho es una conquista mayoritaria de Occidente ligada sin remedio a la educación de los ciudadanos, aunque pasen las horas muertas ante programas televisivos muy desdichados o con libros desgraciadísimos.

El respeto a los derechos humanos —y el castigo a su incumplimiento— en una medida incomparablemente mayor a la de ninguna época anterior no ha caído del cielo ni es un regalo de las multinacionales ni estaba en el plan de productividad de ninguna firma financiera. ¿Cómo llaman a esa conquista? ¿Degradación del poder de la ética aristocrática? ¿Envilecimiento democrático? ¿Hoy sólo domina la codicia y antes dominaba la fraternidad universal, como en el siglo XIX y sus jornadas laborales interminables, como lo son hoy las de los países subdesarrollados o en vías de desarrollo, y tan contentos que salen por la tele mientras escarban en los gigantescos basurales? ¿Cómo llaman al hecho de que las mujeres hayan dejado de ser sujetos paridores y esclavas domésticas y sexuales de los señores de su casa? ¿Cómo llaman a la emancipación de la esfera civil del control ideológico y corruptor de la Iglesia católica, incluso cuando es una emancipación tan incompleta como en España?

¿Eso no es progreso moral colectivo, conquistado por un sistema de protecciones jurídicas que ha reducido la explotación y ha mejorado la existencia de la inmensa mayoría de las personas, todo sostenido en un ciclo educativo básico para todo el mundo, pese a sus deficiencias? ¿O es que ahí también leen una pérdida de los antiguos valores, atacados por la secularización de marras, o quizá es que son avances que en el fondo ocultan retrocesos invisibles para los vulgares observadores como yo? Ni se me ocurre mencionar las mejoras materiales y objetivas que antes fueron privilegios de exiguas minorías porque entonces me da la risa. Me temo que incurriré en esta desfachatez leprosa de los días contemporáneos si recuerdo una respuesta periodística de Woody Allen: «Siempre decimos que lo pasado

fue mejor, que nos gustaría vivir en otra época, pero sólo pensamos en el lado bohemio, no en lo que sería ir al dentista sin novocaína.»

¿De qué envilecimiento hablan? ¿De la reducción del latín como materia docente en los estudios de bachillerato? ¿La ampliación horizontal de la enseñanza ha reservado el saber de calidad a unos pocos, mientras antes esos pocos eran muchos? ¿Se ha perdido la conciencia jerárquica del valor intelectual en las mayorías, como si las mayorías hubiesen estado solventemente formadas hasta hace cuatro días? La exigencia de fondo es reformular en clave de futuro los deberes capitales de un Estado enfrentado a problemas nuevos y a una distribución del poder que ha cambiado sustancialmente en el último medio siglo, como herencia todavía de la Segunda Guerra Mundial.

El pensamiento socialdemócrata debe quitarse de encima también su propia melancolía e identificar con precisión los pivotes sobre los que actuar sigue siendo necesario y en realidad urgente: la protección del espacio público frente a la rapiña financiera, el fortalecimiento de la garantía comunitaria frente al interés privado, el descrédito del lucro como fin absoluto, la desactivación de la fantasía del éxito mediático como éxito de algún tipo, la reeducación civil de un ciudadano que desde chico conecta telemáticamente con todo el mundo sin saber absolutamente nada de ese lado del mundo, la reivindicación de la ética humanística sin complejos y basada en clásicos remotos y clásicos totalmente vivos, y en nuestro caso inmediato la ampliación de la enseñanza para escapar al localismo docente y formativo de muchachos que a veces parecen expertos en sus afluentes literarios y sus comarcas intelectuales pero muy débiles en ubicaciones más universales. No será pequeño, claro está, el refuerzo que requieren cada uno de estos elementos, pero desde luego el primer paso es orientar el esfuerzo hacia ello en lugar de difundir el desistimiento por colapso de las expectativas.

Los instrumentos están; lo que no está ya, o está con la moral muy deprimida, es el proyecto ideológico capaz de legitimar, sin ninguna nostalgia de las luchas históricas del comunismo o del socialismo real, el poder fuerte del Estado como protector y garantía última del abuso, de la codicia natural del interés financiero o la especulación económica, aunque eso signifique a su vez una consiguiente disminución del crecimiento económico o la penalización financiera de esos mismos Estados.

La elección vuelve a ser de naturaleza ética, como siempre, pero con los

papeles y los agentes políticos de hoy. La tradición ilustrada, feliz y vitalista, no estuvo equivocada y no enseñó a claudicar ante el presente: no lo hicieron los mejores, empezando por Kant, ni lo hicieron tampoco los propensos biológicos a la melancolía como tantos de los *philosophes*, incluido Diderot. A él se refería otro escritor no precisamente latoso, Laurence Sterne, cuando hablaba de las virtudes que adornan a estos hombres «sinceramente atentos y agradables» y es que, «no obstante la agudeza de sus talentos, poseen el arte de convivir sin zaherirse ni irritarse; reina entre ellos un tesoro infinito de jovialidad y cortesía», aunque los persigan y los encarcelen, y aunque para echar a andar la *Encyclopédie* necesitasen armarse de tanta buena fe, voluntad y malicia como cuenta Philipp Blom.

Nada de eso ha perdido vigencia ni sentido, aunque hoy parte de esas funciones intelectuales y políticas hayan cambiado en apariencia o se antojen rutinas inútiles y hasta prescindibles: el intelectual melancólico desestima con ceja altiva la oferta electoral, por vulgar y fraudulenta, por pobre y demagógica, y se refugia a menudo en la abstención electoral. Sin embargo, el capitalismo salvaje es más salvaje que nunca porque sus instrumentos son más poderosos que nunca. En una formidable crisis como la actual anida inequívocamente la frustración melancólica y el abstencionismo como respuesta a la impotencia del Estado frente a los poderes económicos (que a su vez lo financian a él, claro está). Pero la crisis es en sí misma el producto tanto de la nueva velocidad y volumen del tablero económico como de la lenta deserción del Estado en sus funciones de control y vigilancia. La especulación no productiva se ha convertido en procedimiento masivamente aceptado y prestigioso de medro social legítimo. El impulso de futuro habrá de pasar por fortalecer ideológicamente las riendas del Estado como regulador del tráfico económico y corrector de los desequilibrios que el capital engendra sin compasión ni freno, en España y fuera de España. La compasión y el freno lo ha de poner la socialdemocracia convencida de serlo y muy explícita al detallar con valentía los costes de serlo.

El objetivo de una educación básica y universal crea públicos necesariamente poco sofisticados, no muy exigentes en sus gustos, dispuestos a dejarse enredar por la propaganda y la publicidad, enganchados a las melodías más pegadizas, encantados con las intrigas detectivescas y con las grandes batallas recreadas en claves pueriles. La continuidad natural de este público masivo –de estos públicos masivos– es un hecho social

desestabilizador de la conciencia elitista del intelectual desplazado y acaba llevándolo a un extremo ideológico peligroso y reaccionario: ha de justificar en términos de degradación lo que ha sido en realidad una conquista social que no aprecia, que no valora o que deplora desde sus niveles de exigencia elitista. Implícitamente, denuncia la proliferación de nichos de consumo cultural que han dejado al artista inerme ante la masa y sobre todo sin el relieve necesario —el risco sobre las nubes— para protagonizar la vida del arte y la cultura.

El melancólico incurre entonces en un injustísimo y rencoroso reaccionarismo porque se vuelve incapaz de evaluar el progreso real y social, masivo, de la población en Occidente. Al fijar su atención únicamente en la distancia entre sus altas exigencias y la baja estofa del consumo popular, olvida que la base formativa de las clases medias en Occidente ha aumentado cualitativamente sin cesar desde la Revolución Francesa. Occidente no ha vivido retroceso alguno en ese propósito emancipador sino todo lo contrario, aunque la élite herida siga deplorando las colas en los cines de las *majors* o las ventas exageradas de libros irrelevantes. Olvidan que la conquista social más importante de los últimos doscientos años tiene que ver con una emancipación masiva primero de clase —al acceder a bienes e instrumentos de socialización que antes fueron prohibitivos— y después de género, porque sólo en el último medio siglo en Occidente las mujeres habitan bajo las mismas condiciones civiles que los hombres.

Los otros olvidos que acarrea esta melancolía son más graves todavía porque descuentan que el éxito absoluto del viejo humanismo consiste en haber logrado que la formación del ciudadano —no sólo del burgués y el aristócrata— proceda sin interrupción de los planes pedagógicos de hace quinientos años. Y ese éxito es el que ha garantizado la fortuna de un lento programa de emancipación social y civil: la educación. Algunos han leído muy por encima, o no han leído en absoluto, ese ejemplar ensayo de Francisco Rico que fue *El sueño del humanismo*. Lo que identifica ahí es un programa pedagógico de formación de ciudadanos que va a convertirse en la levadura no sólo de las élites sino también de las clases medias e incluso trabajadoras (en el último medio siglo sólo): «es la ambigua victoria a largo plazo, la “uncertain glory” del humanismo: dejar de ser el motor de una civilización para convertirse en la columna de una “cultura general”». Descubrieron ellos, y nosotros con ellos, que «nuestra dimensión es la historia, que el hombre vive

en la historia, o sea en la variación, en la diversidad de entornos y experiencias, en el relativismo. Pero, por ahí, también en la esperanza. Porque esa visión de la realidad y la temporalidad implica de suyo un programa de acción: implica que es posible cambiar la vida, que la restitución de la cultura antigua abre perspectivas nuevas, que el mundo puede corregirse como se corrige un texto o un estilo...».

El melancólico nuevo y culto devalúa esa conquista, cuando es la causa cierta del progreso moral de Occidente, incluidas las monstruosas devastaciones que enseñan nuestra irreparable condición imperfecta. Pero este mismo tiempo enseña también la rectificación y la planificación, la lucidez sobre la naturaleza del mal concreto y del mal metafísico y también alienta la esperanza de ir ganando, aunque al mismo tiempo se pierda, cuotas mayores de dignidad civil y moral. El nuevo melancólico parece creer que esa conquista contemporánea de un Estado de derecho, con ciudadanos respetuosos de las leyes y leyes que mayoritariamente protegen a los ciudadanos de los abusos del poder (consustanciales al poder, lógicamente), va de suyo, es espontánea o natural o nace como la vegetación en el monte.

El melancólico deja de comprender de golpe, atosigado con tanta vulgaridad, que esa muchedumbre de libros y obras en circuitos masivos y comerciales no se dirigen a él sino a otros, y satisfacen boberías más modestas y humildes o menos sofisticadas que las suyas..., sin dañar ni perjudicar a las suyas, sin rebajarlas ni afectarlas y, mucho menos, sin impedir la difusión simultánea de sus exquisitas producciones ni poner en riesgo sus condiciones de subsistencia ni desde luego asomarse ni de perfil a los puestos altos de las jerarquías del crédito y el prestigio solventes.

Contra lo que insinúa el intelectual cegado por su melancolía, las condiciones materiales y humanas de perpetuación del saber clásico se han multiplicado hoy frente a los artesanales métodos de antaño, y no sólo con la formidable sencillez de Internet, sino porque la denuncia de la marginación de los saberes del humanismo clásico se realiza una y otra vez desde las plataformas editoriales y mediáticas más potentes y prestigiosas y no desde rincón alguno del sistema, acosado o desatendido. Todo lo contrario.

Sí, todo lo contrario es lo que sucede en la sociedad contemporánea, porque en el contexto europeo –y en el contexto español con un descarnamiento obsceno– las coordenadas de la lucidez sensata y del aprecio justo del pasado imperan con una fuerza desconocida, y hasta con una unanimidad que debería

sonrojar a quienes una y otra vez deploran el sinsentido de sociedades desatentas a sus sabios. Repetir ofendidamente la vergüenza de que los públicos disfruten con Ruiz Zafón, con Stieg Larsson o Federico Moccia o con divulgadores historiográficos o esotéricos muy populares seguirá dejando intacta la evidencia de que en la jerarquía más alta de valores contemporáneos no figuran esos nombres, y nadie se equivoca ahí. Nadie quiere decir nadie con una preparación básica algo más exigente que el mero bachillerato, alguien con una preparación universitaria que haya dejado de disfrutar sólo con John Grisham o con Dan Brown.

Regatear ese espacio multitudinario de públicos medios que en Europa buscan algo más es pura cicatería y empeño resentido en negar la realidad de los consumos culturales. Los modelos de ética civil respetados universalmente no están por debajo en trascendencia y magnitud de los tiempos en que escribían y pensaban Voltaire, Kant, Nietzsche o Schopenhauer porque el relevo se pudo llamar Heidegger o Hannah Arendt, Bertrand Russell o Isaiah Berlin, Jean-Paul Sartre o Albert Camus, Ortega y Gasset o Antonio Gramsci. Pero si el reto es afirmar que la decadencia ha llegado después de la Segunda Guerra Mundial, la mentira es entonces todavía más fraudulenta, porque nunca como ahora los estudios de letras y la formación básica de los ciudadanos ha sido más productiva y capaz de enseñar a pensar por sí mismos y a decidir sobre el propio bien: los ciudadanos son más felices y más críticos porque están mejor informados y porque viven mejor (si es que entendemos que la educación sirve para hacer esto: ciudadanos y no héroes, ni santos, ni artistas, ni genios).

Y eso es lo que parece difícil de asumir para tantos melancólicos atados a los iconos sagrados de juventud y que ya nadie nunca jamás ha podido reemplazar: Walter Benjamin para unos, Michel Foucault para otros o Guy Debord para los más sutiles, y así sucesivamente, supongo que incluidos los Rolling Stones como banda insuperada del rock y Brigitte Bardot como la *Gioconda* del celuloide. Y, en sospechosa coincidencia con la edad del retiro, han descubierto que con ellos ha acabado todo y ya no hay más, excepto imitadores, epígonos, banalizadores embrutecidos de los auténticos valores: no hay ya maestros de referencia y el intelectual de fuste se ha fundido en el horizonte espumeante de *blogs* para inundar con un diluvio de tontería universal el planeta.

Cuánto reconforta en cambio la voz sabia y distante de otros maestros mejor

atados a la realidad material sin soltarse de las nubes: «Creer confiadamente en el progreso, como los positivistas del siglo XIX, es hoy día ridículo, pero igualmente obtusas son la idealización nostálgica del pasado y el grandilocuente énfasis catastrófico. Las nieblas del futuro que se cierne exigen una mirada que, en su inevitable miopía, se vuelva menos miope gracias a la humildad y a la autoironía.» La lección es de Claudio Magris en *Utopía y desencanto*, que parecen atributos de una lucidez que es escéptica pero no fatalista, que es curiosa y atenta pero no aduladora de los fetiches y las bobaliconerías, que es cauta pero no mezquina en la valoración global de la evolución de Occidente. Aunque sería delictivo callar las atrocidades del siglo de Auschwitz, sería también «injusto olvidar o menospreciar los enormes progresos realizados durante el siglo, que ha visto no sólo cómo masas cada vez más amplias de hombres alcanzaban condiciones humanas de vida, sino también una continua ampliación de los derechos de categorías marginadas o ignoradas y una toma de conciencia cada vez más amplia de la dignidad de todos los hombres, presente incluso allí donde hasta ayer mismo no se sabía o no se sabía reconocer e incluidas las formas de vida y civilización más apartadas de nuestros modelos».

Como la desmemoria es sintomática en el intelectual melancólico, también ha olvidado o desaprendido que los héroes de adolescencia y juventud están condenados a ser los despojos del adulto. Pero la culpa no es del héroe mitificado sino de la inocencia inmadura del mitificador, que queda a veces inhabilitado para juzgar soberanamente sobre el valor de quienes vienen después. A Umberto Eco es mejor descatalogarlo ya sin más porque se ha hecho novelista popular; a Mario Vargas Llosa no será necesario mencionarlo para que no caiga de golpe un cóctel molotov antiliberal; Noam Chomsky es el simpático cascarrabias que vemos aparecer en los papeles de la prensa europea y vive en secreto metido en un despacho del MIT, o ya ni siquiera eso; Coetzee tiene la pega de que su nombre es impronunciable y sus novelas son demasiado inteligentes, amargas y formalmente imaginativas, y el humor salvaje que unos cuantos novelistas han metido con sus manazas en la novela, la ha descoyuntado tanto que es mejor dejarlo correr porque son mensajeros de la descomposición: se pueden llamar Saul Bellow, Philip Roth, Martin Amis o Ricardo Piglia.

El melancólico no puede dejar de mirarlos por encima del hombro y está inhabilitado para verlos como lo que son: maestros incontestables de la

cultura contemporánea con legiones de lectores que desmienten categóricamente el espejismo del fin de los magisterios y de los intelectuales como maestros de pensamiento. Todos los casos mencionados piensan después de las ideologías fuertes o totalitarias y son fundamentalmente irónicos: ironía es justamente lo que ha ido perdiendo insensiblemente, con los años, el melancólico para hacer definitivamente incurable su tristeza.

Y si la contrapropaganda que le cae a Vargas Llosa la ha contrarrestado el Premio Nobel, quizá no sería mala idea considerar si Octavio Paz o Edward Said, George Steiner, Jorge Semprún o Peter Sloterdijk han dejado o no lecciones sobre el significado del humanismo contemporáneo, sobre sus mutaciones tras la cadaverina espantosa del totalitarismo bicéfalo: no son ni autores invisibles ni agotan ellos solos una lista hecha a toda prisa. No se engañan sobre las consecuencias de la disolución de la alternativa comunista porque de ella no se deriva, como algunos piensan, la imposibilidad de perseverar en el sueño de una sociedad más justa y equilibrada. Al revés: el fin del mito de la Revolución y el Gran Proyecto, señala el mismo Magris, «puede aumentar la fuerza de aquellos ideales, precisamente porque los libera de la idolatría mítica y totalizante que los ha vuelto rígidos; (...) el mundo no puede ser redimido de una vez para siempre y cada generación tiene que empujar, como Sísifo, su propia piedra, para evitar que ésta se le eche encima aplastándole. La conciencia de estas cosas supone la entrada de la humanidad en la madurez espiritual, en esa mayoría de edad de la Razón que Kant había vislumbrado en la Ilustración».

El lector podrá sumar por su cuenta tanto a novelistas como ensayistas que en absoluto conducen a melancolía depresiva alguna, como no conducen a ella los maestros respetados hoy, al menos en España, como sustrato fundacional de nosotros mismos, tan inagotables en su obra como los mejores clásicos del pasado. La melancolía por la decadencia del presente fue ya viejo tema de Campoamor en una *dolora* que el melancólico parece haber obviado también, y ésta era bien fácil: se encuentra en otro clásico imborrable, *Las mil mejores poesías de la lengua castellana*. Hoy el ránking poético no lo mide ese libro grueso de Bergua sino media docena de colecciones de poesía bien editadas y difundidas, que a su vez resuenan en *blogs* críticos o en revistas como hacen las carambolas en el tapiz verde de la mesa de billar.

Por cierto, el límite de la humillación es la impúdica presencia ya incluso en televisión de ensayistas o novelistas. Incluso a los poetas se les ve hoy por

la tele, como se ve a tantos escritores que vuelven a contradecir la falsísima idea de un desdén popular por la alta cultura. El melancólico no debe de conectar la televisión o debe de ver los telediarios mientras escucha compungido los acordes de Schumann o bajo los cascos ultrasensibles cabalga con Wagner.

Porque da gusto que un puro medio de masas como la televisión saque a escritores sabios con este o aquel pretexto, gracias a este o aquel premio, y hasta los periódicos gratuitos abren sus portadas con grandes fotos y titulares sobre ellos. Con que un puñado de espectadores vayan a buscar un solo libro de cualquiera de ellos, la televisión habrá sido un aliado ágil de la cruzada contra la ignorancia y la melancolía. Y a ese autor no lo encontrarán en secretas bibliotecas, en colecciones marginales, entre las arañas y los ácaros de las librerías de viejo, sino expuestos en escaparates a la plena luz del día, incluidas las grandes superficies y el Carrefour: allí están esos autores porque allí los ha puesto una sociedad de mercado que lo vende todo, aunque es verdad que no distribuye allí las obras que de verdad resarcirían de su melancolía al melancólico: las suyas propias.

Pero la promiscuidad es casi siempre retadora, y en este caso también. La conciencia catastrofista sobre los derroteros del presente ha empezado a creer, casi de buena fe, que el hombre de cultura (¿?) ha perdido el respeto colectivo de la sociedad y que el ciudadano pone seriamente en el mismo nivel de apreciación a inútiles profesionales o charlatanes compulsivos y a profesores, escritores, intelectuales o filósofos, aunque los segundos a veces incurran en el papel indeseable de los primeros.

Digo que lo afirma casi de buena fe porque no es fácil que sea una buena fe entera: claro que se ha multiplicado la cantidad de voces que emiten en una frecuencia de onda que finge una autoridad intelectual que no posee, y claro que ha perdido estabilidad el canon literario, y claro que ha dejado de estar en su sitio la nómina intocable de la literatura. Lo que no sucede de veras es que en los medios intelectuales o culturales de calidad se confundan las cosas, incluso si los propios medios atraen hacia sí la confusión al promover la repercusión pública o la dignificación de autores que no merecen tan alto lugar. A veces, sin embargo, parece que el intelectual melancólico hace mucho tiempo que no pisa un lugar normal (que no sea el Círculo de Bellas Artes, o un Instituto de Humanidades o la Fundación Juan March o la Residencia de Estudiantes o el CCCB) o cuando lo hace se limita a cargar las baterías de sus

propias enfermedades. El resultado es creer sin reservas que todo está embarulladísimo y confundido y nadie sabe, entre las masas indoctas, a qué atenerse.

No es verdad esa equiparación sino todo lo contrario: la sociedad europea que desemboca en el siglo XXI ha sido la más respetuosa en términos absolutos y en términos relativos con el saber del sabio, aunque el sabio –o presunto sabio– desdeñe tantas veces olímpicamente la ansiedad de esa ciudadanía media que compra los fascículos con obras de clásicos en el quiosco, que ve sesudos documentales por televisión, que asiste masivamente a conferencias y es público fiel de tantas grandes exposiciones fuertemente publicitadas por los medios del Estado.

Ni es un público exiguo ni son cifras insignificantes de ciudadanos. O cuando menos no son menores relativamente a las que ha podido conocer la sociedad europea de los dos últimos siglos. Las viejas minorías siguen siendo necesariamente minorías, pero la ampliación de la base formativa parece pasarles por alto a los nostálgicos de un orden civil e intelectual que han idealizado de la forma más simplificada y embustera, como si procediese el Occidente contemporáneo de un tiempo iluminado y limpio de morralla y no de condiciones sociales y educativas objetivamente peores que las de hoy. Peores significa que eran muy pocos quienes podían acceder a los niveles de calidad y exigencia más altos, mientras que hoy la franja intermedia de modalidades formativas ha crecido como un acordeón que se flexiona y balancea sin que llegue a comprimirse hasta la nada.

Después, más abajo en la conciencia social del presente, bombea una subcultura hondamente dañina y turbadora, embrutecedora en el más puro sentido de la palabra, que quizá es también secuela posmoderna y sobre todo del capitalismo hiperdesarrollado, que es el primer interesado, a través de las empresas televisivas y las productoras, en fomentar la adicción de una población flotante con una bajísima formación. Pero esa innumerable clientela ni actúa ni tiene medios para actuar como cortafuegos de la influencia social de la alta cultura sino que vive autista y rendida a sus propios gustos en el submundo cultural. En cambio, el intelectual vive con el síndrome de la víctima la presencia de ese estrato, como si de veras ahí estuviese la prueba incontestable de haber perdido un falso paraíso idealizado donde no había subcultura.

LA HERIDA DEL NARCISO

Quienes crecimos en los últimos cincuenta años lo hicimos cómodamente instalados en un sistema democrático y más digno de ser vivido, menos esclavo de grandes ofertas revolucionarias y desenfocadamente románticas. Ellos no: ellos vivieron con las alertas activadas en un presente tenso y expectante, con amplio espacio para la fantasía individual y la fantasía colectiva. De no ser así es poco probable que leyesen tan desencantadamente el curso de la cultura y el gusto plural e impredecible del presente. Incluso es probable que hubiesen encontrado el modo de bloquear los comandos del desengaño, porque son comandos de guerra que incapacitan al melancólico para habitar fecundamente su propio tiempo.

El melancólico pasea altivo o cabizbajo por una ciudad de letras que le sume en la desilusión, víctima de un ciclo histórico que nos conduce sin tregua al abismo final de los tiempos. El apocalipsis estético y ético parece estar al otro lado del semáforo de una avenida que cruza con el orgullo herido, mientras se pregunta qué afanes y qué prisas impiden que se les vea y se les escuche, qué arrebatada a tantos detrás de tan poco mientras el saber verdadero sigue solo y demediado, y por qué todos viven ajenos a su percepción dramática de la cultura actual.

La queja es un vicio falsamente consolador pero el melancólico no sabe dejar de quejarse. Lo peor es que ellos mismos saben, desvelados en la noche que fue tantas veces acogedora y hoy es inhóspita, que encarnan los mismos sentimientos de preterición y olvido que nunca creyeron experimentar, cuando vivían enrolados en las banderas del futuro. Y también saben que nunca leyeron promesa alguna de futuro feliz y pleno en los maestros de la antigüedad grecolatina ni en los maestros modernos desde Shakespeare y Montaigne (o Cervantes), pero se dejan engañar como una forma del consuelo de la insatisfacción.

Alguien les ha estafado, pero la quejumbre lastimera del privilegiado por clase y cultura, por profesión e inteligencia, por país y tiempo histórico hace mucho tiempo que delata la conducta menos disculpable y más dolorosamente improductiva. La queja solemnizada es la herencia que dejan al terminar su particular teatro de la melancolía. Y al narcisista herido ya ni siquiera se le ve

por la calle, a punto de cruzar con el verde imperturbable, mientras la gente atareada y más o menos feliz sigue en sus cosas.

Edición en formato digital: septiembre de 2011

© Jordi Gracia, 2011

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2011

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3322-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es